

EL CLUB DE LOS SOLTEROS MILLONARIOS

Ánime

AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

**MONICA
MURPHY**

Harper+

Àmame

**MONICA
MURPHY**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

Ámame

Título original: Intoxicated

© 2014, Monica Murphy

© 2024, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Publicado por HarperCollins Publishers Limited, USA

© De la traducción del inglés, HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers Limited, USA.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Imagen de cubierta: Dreamstime.com

ISBN: 9788410640528

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo 1

Archer

—Voy a tener un bebé —sentencia Ivy mientras se para justo delante de mí.

Bueno, su barriga se ha detenido directamente frente a mí, el resto de ella pronto la ha seguido.

En efecto, mi mujer va a tener por fin un bebé. En breve.

Me estoy vistiendo, mirándome al espejo mientras me arreglo la corbata para que quede perfecta, cuando ella se me acerca. Le dedico una sonrisa, sintiéndome bien, sintiéndome en la cima del mundo. La vida no podría ir mejor, ¿a que no? Hoy estamos de celebración y con motivo.

—Lo sé, sexi mamá. —Me doy la vuelta y le guiño un ojo—. Créeme, no he olvidado que fui yo quien te ha dejado embarazada.

Me mira fijamente, sin reaccionar a mi guiño ni a mis palabras. Por lo general me da una palmada en el culo y me besa. Como mínimo dice algo sarcástico. En cambio, no me contesta nada. Y es algo desconcertante.

—Archer, hablo muy en serio. Voy a tener al bebé.

—Lo sé, nena. Y me muero de ganas. —La estudio, noto que está un poco pálida y tiene las pupilas dilatadas. Humm—. ¿Estás bien?

Pone los ojos en blanco y se apoya la mano sobre la prominente barriga, frotándola distraídamente. Luego, no tan distraídamente. Se sujeta el vientre como si le doliera.

—Estoy... —respira con fuerza, conteniendo el aliento unos segundos— de parto, maldita sea.

—¡Oh, Dios! —Corro hacia ella y le pongo las dos manos en la barriga. El bebé da una patada en ese preciso momento, siento el golpe contra mi palma y empiezo a reírme—. Parece que está lista para salir.

No tenemos ni idea de lo que vamos a tener. Ivy ha querido que sea una sorpresa y yo he seguido su plan; sin embargo, no saberlo me está volviendo loco. Me muero por conocer a este mocoso y saber si tengo un hijo o una hija.

Mi predicción es que es una niña que se parecerá a mi mujer.

Ivy me lanza dagas imaginarias con la mirada.

—Este es el peor momento posible para que me ponga de parto. Te das cuenta, ¿verdad?

Me encojo de hombros, frotándole la barriga. No puedo resistirlo. Mi mujer está jodidamente atractiva embarazada. Incluso cuando es grande y está incómoda, como ahora. Saber que su cuerpo está trabajando duro, haciendo crecer un hijo dentro de ella, mi hijo... No puedo evitarlo. Me excita.

Me ha dicho más de una vez que soy un puto loco, pero me da igual. Se me permite encontrar atractiva a Ivy cuando está embarazada. Es mi mujer.

—Tu hermano lo entenderá. —Seguro que lo hará. Porque Gage está a punto de convertirse en tío, y sé que está muy emocionado por ello, aunque nunca lo admitirá ante nadie.

—Pero es el día de su boda —subraya Ivy—. Eres el padrino de Gage. Yo soy la madrina de honor de Marina. Esto no está bien, Archer. Ella nos va a matar.

—La novia pesadilla necesita tomarse un relajante —le digo a Ivy a regañadientes y me dirijo al armario donde la maleta para el hospital está preparada y a la espera desde hace dos semanas. Mi mujer es eficiente, tengo que reconocerlo—. Tenemos que irnos ya, nena. Deja que me quite el traje y nos vamos al hospital. —Saco la maleta y la dejo encima de la cama.

Los nervios bullen en mi interior, pero los ignoro. Tengo que ser el fuerte. Se lo prometí a mi mujer hace semanas. No quiero que entre en pánico ni que se asuste durante el parto, así que uno de los dos tiene que mantener la calma.

Ivy ladea la cabeza, estudiándome. Sigue con su sedosa bata blanca que ahora apenas le cubre por delante. Apenas le cabe el vestido para la boda, así que debería alegrarse de no tener que hacer acto de presencia.

—Marina va a ponerse furiosa.

—Lo superará. Le faltan horas para formar parte de nuestra familia para siempre. Podemos decepcionarla, enfadarla, lo que sea, pero no puede hacer nada porque somos familia. Así que no te preocupes. —Me quito del cuello la corbata con la que he estado peleando pacientemente hace unos momentos, la dejo caer al suelo y empiezo a desabrocharme la camisa con una mano, con la otra cojo el móvil y marco rápido a Gage.

Vigilo a mi mujer mientras se mueve por la habitación, llevándose la mano a la barriga cada pocos segundos, como si le doliera. Probablemente sea así.

La preocupación me inunda. ¿Y si algo va mal? ¿Y si hay complicaciones y le pasa algo al bebé? O peor aún, ¿y si le pasa algo a...?

No. No puedo pensar en eso.

—Eres la última persona a la que quiero oír en este momento —dice Gage cuando responde; suena divertido. También un poco irritado, pero más divertido, gracias a Dios; la noticia que estoy a punto de darle podría no gustarle mucho si está de mal humor—. Será mejor que vengas de camino. Esta boda tiene que empezar a tiempo o Marina va a volverse loca.

Frunzo el ceño y dejo caer la mano con la que me estoy quitando la camisa, ahora desabrochada.

—Pues va a ser que no.

—¿Por qué diablos no? Será mejor que vengas ya para la bodega.

Gage y Marina van a celebrar su boda en la bodega de nuestro amigo Matt, que está considerando abrirla a eventos privados; gracias a la idea de su novia, Bryn, somos los primeros en usar las instalaciones.

—La ceremonia es en poco más de una hora. Todo está listo, tío. Ya ha llegado el momento. —Al menos no suena como si lo estuvieran llevando a la horca.

—Sí, sobre eso... —Hago una pausa, escuchando a alguien hablar con él durante un momento—. Ha surgido algo.

Hay un silencio incómodo en la línea durante demasiado tiempo antes de que Gage explote.

—¿Cómo que ha surgido algo?! ¿Qué puede ser más importante que tu mejor amigo y tu cuñado se casen, gilipollas?

—¿Que tu sobrino o sobrina por fin viene al mundo?

De nuevo me encuentro con más silencio, lo que empieza a ponerme de los nervios.

—No lo pillo —responde finalmente Gage.

Empiezo a reírme y eso me vale una mirada severa de mi mujer, que poco a poco se va vistiendo con ropa normal, un jersey *oversize* y unos *leggings* negros. Me pongo serio de inmediato. Se mueve como una anciana y ese no es su estilo habitual.

—Tu hermana pequeña se ha puesto de parto. Salimos para el hospital ahora.

—Un momento. ¿Ahora? ¿Cuánto tiempo lleva de parto? ¿Aún no estás en el hospital? —me pregunta Gage, poniéndose en plan hermano mayor preocupado.

—No, acaba de decirme que estaba de parto. Salimos ahora. Pero te das cuenta de lo que eso significa, ¿verdad? —Hago una pausa, sintiéndome culpable, pero sabiendo que no puedo hacer nada al respecto—. Vamos a perdernos la boda.

Afortunadamente, Gage ni siquiera duda en su respuesta.

—No pasa nada. Lo entendemos perfectamente —dice emocionado.

Tal y como esperaba, a Gage le parece bien que no vayamos a la boda. ¿Cómo podría echárnoslo en cara? Por el amor de Dios, va a nacer un bebé. Mi bebé. El bebé de su hermana. Su futura sobrina o sobrino. Esto es grande, como lo es su matrimonio con Marina. Y todo va a suceder el mismo día.

—Solo asegúrate de llamar y mantenernos informados.

—Hecho, pero por mensaje —digo—. No queremos interrumpir la ceremonia, ¿a que no?

—Sí, cierto —confirma Gage—. Buena suerte. Dile a mi hermana que la quiero.

—Lo haré. Te lo prometo. —Cuelgo y contemplo lo que está a punto de ocurrir.

Nuestras vidas están cambiando por completo. Ya no seremos solo Ivy y yo. Tendremos a alguien a quien cuidar, alguien que dependerá exclusivamente de nosotros.

Da miedo.

—Oh, Archer —dice Ivy, sacándome de mis pensamientos.

Me vuelvo hacia ella y veo que tiene los ojos llenos de lágrimas y por su cara parece a punto de derrumbarse. Me acerco a ella, le cojo las manos y se las aprieto.

—¿Qué pasa, cariño?

—Me siento fatal. —Se le escapa un pequeño sollozo mientras sacude la cabeza. La atraigo hacia mí todo lo que puedo y le rodeo la cintura con el brazo—. Voy a fastidiar la boda de Gage.

—No, para nada. Va a ser una de las bodas más memorables de la historia. Nadie olvidará este día —le digo, pasándole la mano por el pelo. Quiero tranquilizarla, que no se preocupe por la boda. Todo va a cambiar en cuestión de horas.

—Exactamente. Se supone que es el día de Gage y Marina; en cambio, se va a convertir en nuestro día. El día de nuestro hijo. ¿Cómo podemos ser tan egoístas?

—No somos egoístas. No podemos evitar que te pongas de parto justo hoy. No es que lo hayamos hecho a propósito. —Me quito el resto de la ropa rápido y me pongo unos vaqueros y una camiseta—. Hablando de parto, tenemos que irnos. ¿Estás lista? Ponte unos zapatos, nena. —La aparto suavemente y se dirige a la puerta del armario que hay al otro lado de la habitación.

—¿Nosotros? ¿Quién es la que está a punto de dar a luz? —murmura Ivy mientras arrastra los pies hacia el armario. Se le escapa un pequeño bufido—. Tú no tienes nada que ver con esto del parto, Archer. Todo esto me toca a mí.

—Y creo que vas a hacerlo increíble. Eres la mujer más fuerte que conozco —le digo.

Al oír estas palabras, mi mujer rompe a llorar.

Gage

—No te lo vas a creer —digo al teléfono.

Doy vueltas por la habitación, distraído por la noticia que me acaba de dar mi mejor amigo.

Mi hermana está a horas de convertirse en madre. Estoy emocionado y nervioso a la vez. Es mi hermana pequeña y siempre la he protegido. ¿Y si le pasa algo? Es un sentimiento de impotencia, y no envidia lo que Archer está experimentando en este momento. Ha expresado su preocupación antes, pero siempre la ha dejado pasar por alto rápidamente, como si no fuera gran cosa.

Pero ahí sigue. Lo sé.

—¿Qué pasa ahora? —Marina suena ansiosa, aunque eso no es nada nuevo.

Mi prometida lleva nerviosa semanas. Meses incluso. Estoy más que listo para casarme y acabar con todo este asunto de la ceremonia.

Lo que más me apetece es pasar a la luna de miel. Hace semanas que no toco sexualmente a mi casi mujer, por decisión suya, no mía. Lo estoy llevando mal.

—Archer ha llamado. Ivy se ha puesto de parto. —Mantengo mi voz calmada, pero en el fondo soy un manojo de nervios.

No voy a admitirlo ante nadie. Ni siquiera ante Marina. Es el primer bebé de la familia y hasta los fríos padres de Archer están emocionados. Ivy no nos ha dicho si va a tener un niño o una niña y eso me está volviendo loco. Está volviendo locos a todos.

—Van de camino al hospital.

—¡¿QUÉ?! ¿Hablas en serio? ¡Dios mío! Esto va a arruinarlo todo —dice Marina prácticamente chillando.

Me siento ofendido. No puedo evitarlo. Por la forma en que Marina ha estado actuando estas últimas semanas, se ha vuelto irreconocible. Culpo a los preparativos de la boda. La está estresando muchísimo, lo que, a su vez, me está estresando muchísimo a mí.

—¿Hablas en serio? Sabíamos que esto podía pasar. ¿Cuál es el problema? ¿No has previsto un plan B o algo así?

—¿De verdad esperabas que tuviera un plan B secreto? Gage, trabajo a tiempo completo y he estado organizando esta boda. Apenas si consigo mantenerme en pie. —Marina suelta un suspiro exasperada.

—Ya se nos ocurrirá algo.

Mi futura esposa está en el hotel propiedad de Archer, preparándose. Yo ya estoy en la bodega, en una sala privada que Matt ha arreglado para que me vistiera. Nuestra boda es en más o menos noventa minutos.

Marina está probablemente a punto de enloquecer, y con razón.

—La ceremonia es casi ya. —Su voz ha bajado hasta convertirse en un susurro—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Quién va a reemplazarlos? Esto es un desastre, Gage. Un gran desastre. Mi madre va a volverse loca.

—¿Por qué? —No me lo creo. A su madre le gusta agobiarse por muchas cosas. Es la italiana que hay en ella. Puede ser un poco... dramática. Marina también.

—Da mala suerte que las cosas no salgan bien en el día más importante de tu vida. —Marina suelta un suspiro irritada—. No, todavía no estoy lista

para que me ricen el pelo. Espera —le dice a otra persona. Alguna pobre alma inocente cuyo trabajo es prepararla hoy.

Buena suerte.

—Creamos nuestra propia suerte —digo; soy positivo—. Vamos, nena. Es el día de nuestra boda. No te preocupes por las cosas pequeñas. Hablaré con Matt. Deberías hablar con Bryn. Apuesto a que sustituirán sin problema a Archer y Ivy, ya que son parte del cortejo nupcial.

Marina permanece callada, pero sé que sigue al teléfono. Oigo el suave murmullo de voces de fondo, todas femeninas. Supongo que la habitación del hotel está llena de mujeres arreglándose el pelo, maquillándose... o algo así. Parece mi peor pesadilla.

Me alegro de estar solo en esta tranquila habitación, aunque sé que Matt aparecerá en cualquier momento.

—¿Qué te parece? —le pregunto cuando sigue sin decir nada.

—Tienes razón. No puedo dejar que esto me hunda. Quiero decir, Ivy va a tener un bebé. Deberíamos estar emocionados. No debería actuar como una zorra egoísta preocupándome por quién va a ser mi dama de honor. —Marina resopla, e inmediatamente me siento mal.

—Venga, cariño. Deja de ser tan dura contigo misma. Nos vamos a casar. Sé que estás desbordada hoy, pero céntrate en lo positivo. Vas a convertirte en mi mujer. —Bajo la voz, desesperado por hacerla reír—: Y estoy deseando aprovecharme de mi esposa esta noche.

Se ríe suavemente y yo sonrío, aliviado. No soporto la idea de que Marina se preocupe. Y estoy deseando que esta boda termine. Y así podamos centrarnos en nuestra vida.

Juntos.

Matt

Llamo a la puerta y entro cuando oigo a Gage decir «Adelante». Termina de hablar por teléfono, se mete el móvil en el bolsillo y me sonrío. Aunque la sonrisa parece forzada. No es lo que un hombre debería hacer el día de su boda.

—¿Qué pasa? —le pregunto—. ¿Todo bien?

—Bah, sin problema. Te agradezco que me dejes prepararme aquí, tío. Mucho mejor que estar en el hotel con mi futura esposa preocupada de que pueda verla. Se volvería loca. Lo de la mala suerte y eso, que el novio vea a la novia antes de la boda —responde Gage, agitando una mano.

Marina ha estado al borde de un ataque de nervios las últimas semanas. El estrés de la boda se desbordaba como una olla de agua en plena ebullición y ha hecho que la novia estuviera un poco... irascible.

Estoy tratando de ser amable. Gage es mi mejor amigo. Y me cae bien Marina. Bryn se ha hecho muy amiga de ella. Planear una gran boda es estresante. Lo sé. También sé que mi novia no actuará así cuando planeé nuestra boda.

Porque eso va a pasar. Estoy decidido a hacer mía a esa mujer de la manera más oficial. Pronto.

—Ya casi está, tío. —Le doy una palmada en el hombro a Gage, haciéndole saber que cuenta con mi apoyo.

Lo ha llevado bien, nunca se ha quejado de Marina, pero tanto Archer como yo sabemos que Gage está deseando que termine la boda para que su casi esposa vuelva a ser la de siempre.

—Sí. —Gage se pasa una mano por la mandíbula, luego baja la cabeza, mirándome fijamente—. Pero escucha esto. Archer me ha llamado. Ivy se ha puesto de parto.

—¿Estás de coña? —Sonrío. Por fin va a llegar el bebé. He hecho una apuesta con gente sobre qué van a tener, un niño o una niña.

Mi apuesta es niño. Y espero tener razón, hay quinientos dólares en juego.

Sí, me he vuelto un tacaño, teniendo en cuenta la apuesta millonaria que hice con Archer y Gage. Una apuesta que aún no tiene un verdadero ganador.

Pero todos sabemos que soy yo. Después de todo, he sido el último soltero. Esos dos se enamoraron de sus respectivas mujeres perdidamente. He tenido suerte de que sus relaciones ocurrieran antes que la mía.

—Lo digo en serio. Esto estropeará la boda. A Marina casi le ha dado un infarto cuando se lo he dicho. —Gage sigue observándome atentamente, y casi quiero esconderme. Siento que he hecho algo mal.

—Sí, apuesto a que sí. —No me gustaría ser él en este momento.

A pesar de lo dispuesto que estoy a dar el paso definitivo con Bryn, sé que nosotros no queremos una gran boda como la que van a celebrar Gage y Marina. Su gigantesca familia italiana, que debe constituir la mitad del valle de Napa, es parte del problema. Yo no tengo una gran familia y Bryn tampoco. Podríamos escaparnos a Las Vegas y casarnos sin que nadie se sienta ofendido.

Bueno, quizá la abuela de Bryn se enfadaría. Ella podría echarme a su maldito gallo. Es una mujer a la que no quiero tener en contra. Pero estoy dispuesto a correr el riesgo.

—¿Quieres participar y ser mi padrino? —me pregunta Gage de repente.

Levanto la vista y veo que mi amigo habla muy en serio.

—Por supuesto —respondo automáticamente. Nunca me ha ofendido que Gage eligiera a Archer en vez de a mí. Se conocen desde hace más tiempo, así que era normal—. Sería un honor, tío. —Y lo digo en serio.

—Genial. Perfecto. —Gage asiente, pasándose una mano a lo largo de la mandíbula y con una mirada contemplativa en la cara—. ¿Prestaste atención en el ensayo de anoche? No necesito decirte qué hacer como padrino, ¿verdad?

—Creo que puedo arreglármelas —digo con sarcasmo—. ¿Qué tengo que hacer? ¿Darte el anillo? Todo controlado.

—Tendrás que dar un discurso en la recepción —señala Gage.

Oh, mierda. No soy bueno con los discursos, pero lo haré bien.

—Sin problema.

—Marina le va a pedir a Bryn que sea su dama de honor.

—Así que seremos la pareja perfecta.

—Sí —asiente Gage—. ¿Te parece bien, tío? Tenemos que cambiarlo todo en el último minuto, y no es que vosotros dos seáis la segunda opción, pero...

—Somos la segunda opción —termino por él—. Y no me siento ofendido. Estoy seguro de que Bryn tampoco lo estará.

Mi móvil suena en ese mismo momento, lo que acentúa mi frase, y lo saco para ver que es un mensaje de Bryn.

Dama de honor ahora. ¿Eres el padrino?

Sonriendo, le escribo una respuesta.

Ya lo sabes.

¿Nervioso?

Contesto.

No contigo a mi lado.

Y es la verdad.

Capítulo 2

Bryn

He visto a Matt con vaqueros y camiseta, con traje, sin camiseta y en chándal, también lo he visto desnudo. Infinidad de veces.

Pero nunca lo había visto de esmoquin, y, Dios mío, está guapísimo. Llevó esmoquin en la boda de Ivy y Archer, así que no pude admirarlo en todo su esplendor. Y es simplemente glorioso.

El corazón me da un vuelco mientras me dirijo hacia él. Lucho por no sonreír, pero es inútil. Cuando nos encontramos, ya estoy con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eres preciosa —me dice antes de que pueda pronunciar palabra. Sus ojos prácticamente echan chispas mientras me mira.

Se me sonrojan las mejillas. Sé que es ridículo, pero aún no me acostumbro a los elogios de Matt; que un hombre como él se interese por una mujer como yo. Ridículo pero cierto.

—Estás increíble. —Apenas puedo terminar de decirlo cuando Matt inclina la cabeza y su boca roza la mía.

Estamos en un pequeño edificio que Matt ha asignado como cuartel general de la boda para este día. Es la primera boda que celebramos en la bodega y le he dicho a Matt que, si tiene éxito, deberíamos pensar en preparar un plan de publicidad y *marketing* para poder alquilar la bodega para fiestas privadas. Aparte de esta boda y de los eventos para la bodega, hasta ahora solo hemos organizado pequeñas fiestas para gente que conocemos.

Matt dijo que no estaba muy convencido, pero a mí me entusiasma la idea. Podría convertirme en organizadora de bodas. Me encanta organizar eventos, además siempre estoy haciendo ese tipo de cosas para la bodega de Matt, tratando de llamar la atención sobre el viñedo DeLuca.

—Tú también estás increíble —me dice cuando nos separamos. Me coge la mano y me la aprieta—. Me encanta cómo te queda el vestido.

Miro hacia abajo. El vestido es amarillo pálido y sin tirantes, con un corpiño ceñido y una falda vaporosa que me llega justo por encima de la

rodilla. Me encanta.

—A mí también me gusta, lo cual me sorprende. No me gusta el amarillo.

—A mí me gusta cualquier cosa que te pongas. —Matt me atrae hacia él y me da otro beso en los labios, pero le pongo la mano libre sobre el pecho, dándole un pequeño empujón.

—Para —digo sin mucha fuerza, como si pudiera negarle algo a este hombre, sobre todo afecto. Me encanta cuando me besa. Cuando me toca. Dejaría que me hiciera lo que quisiera.

Estoy demasiado enamorada de él.

—Tenemos que centrarnos en nuestras nuevas tareas y mantener tranquilos a los novios —le recuerdo.

Le envié un mensaje cuando llegué junto con el resto del cortejo nupcial y enseguida me pidió que me reuniera con él unos minutos. Así que aquí estamos.

Supongo que quería besarme. No es que yo lo vaya a rechazar.

—Gage está bien —dice Matt, todavía agarrando mi mano—. Está más preocupado por Marina. ¿Cómo lo lleva nuestra novia?

—Va mejor. —Una vez que se asumió todo lo del parto de Ivy, Marina parecía estar bien. Más calmada, lo que necesita para superar este día.

Ha estado desbordada con los planes de boda, y sé que está deseando que todo se acabe. No es que no vaya a disfrutar de su boda, pero...

Creo que está deseando que llegue su luna de miel tropical para relajarse. Y perderse con su marido.

—Espera a verla. Es una novia preciosa —digo soñadoramente.

Marina es la viva imagen de la novia que todas las niñas sueñan con ser. El vestido parece sacado de un cuento de hadas, con la falda abullonada, el corpiño brillante y las plumas.

Sí, plumas blancas. El vestido es de tul y seda, con pedrería y pliegues hechos a mano, y completa el *look* con una pequeña tiara en la cabeza. Marina probablemente hará que todos se queden boquiabiertos en cuanto la vean caminar hacia el altar. Casi se me saltan las lágrimas solo de pensarlo.

—Tú también serás una novia preciosa algún día, ¿sabes? —Matt se lleva nuestras manos enlazadas a la boca y me besa los nudillos.

Me entra el pánico, pero lo reprimo. Últimamente habla muy en serio. Llevamos poco tiempo juntos, pero sé lo que quiere. A mí. A nosotros. Juntos.

Para siempre.

¿Estoy preparada para ese tipo de compromiso? Sé que no puedo estar con nadie mejor que Matthew DeLuca. Eso suena frío, pero es la verdad. Estamos locamente enamorados el uno del otro. No solo me trata como la mujer que adora y ama, sino que también respeta mi inteligencia y mi ética de trabajo. Valora mi opinión. Trabajamos bien juntos en la bodega. Tenemos una relación increíble. Soy una mujer afortunada.

Aún me parece irreal que estemos juntos. Y eso me asusta muchísimo.

Marina

Me siento frente al espejo y respiro hondo, encogiéndome de hombros cuando mi madre intenta abrazarme. Otra vez. Lleva toda la mañana rompiendo a llorar, pero ahora que estoy completamente maquillada, me niego a derramar otra lágrima hasta la ceremonia.

—Estás tan guapa —dice mamá con un suspiro melancólico—. No puedo creer que mi niña vaya a casarse.

Ya lo ha dicho varias veces esta mañana. Entiendo que sienta nostalgia, pero sus lágrimas y su voz temblorosa me están matando. Soy un desastre emocional y estoy agotada. Organizar una boda es duro, y he sido tan maniática del control que apenas he dejado que el organizador que mamá y papá contrataron para la boda diera un paso sin consultarme primero.

La sala que Matt nos ha dado para que la comitiva nupcial esperara justo antes de la ceremonia es perfecta. Bryn tuvo algo que ver en todo, y se nota. Realmente adoro a esa mujer. Me alegro de que seamos tan buenas amigas.

—Espero que todo salga bien —murmuro para mis adentros, pero por la forma en que mamá se endereza, sé que me ha oído.

—Saldrá perfecto. Lo sé. Ya has tenido tu contratiempo del día. Todo lo demás irá bien —dice mamá con una voz firme que me advierte que no está de humor para que le lleven la contraria.

Ahora me toca a mí enderezarme. Me encuentro con su mirada en el espejo.

—¿Qué quieres decir con «tu contratiempo»?

—Ivy y Archer echándose para atrás. —Mamá agita una mano, despidiendo a nuestros amigos así como así—. Entiendo que no podemos

predecir cuándo un bebé decidirá que está listo para llegar al mundo. Nos ha desconcertado un poco, pero Bryn y Matt han ocupado su lugar y todo va a salir bien.

Como si hubiera oído pronunciar su nombre, Bryn entra en la habitación y cierra la puerta en silencio. Lleva el pintalabios completamente corrido, lo que significa que debe de haberse escabullido para encontrarse con Matt.

Una chispa de celos se enciende en mi interior. Ojalá pudiera reunirme en secreto con Gage y dejar que me quite el pintalabios.

Pero no puedo. Nos vamos a casar en cuestión de minutos. Voy a ser la señora Emerson. Estoy emocionada. Más que preparada para ser la mujer de Gage. Después de todo, el estrés de la planificación se desvanecerá como un mal sueño.

—Hey.

Parpadeo y sacudo la cabeza, dándome cuenta de que ahora es Bryn la que está detrás de mí en lugar de mamá. Tiene las manos sobre mis hombros y una sonrisa tranquilizadora en la cara. Si no fuera tan buena amiga, casi podría odiar a Bryn por lo guapa que es. Es preciosa. Su cara y su cuerpo son tan perfectos que podría ser una estrella de cine.

El vestido de dama de honor le queda increíble. Va a ser una boda preciosa. Todo ha sido planeado, hasta el más mínimo detalle. Entonces, ¿por qué me siento tan mal?

—¿Qué tal? —digo, ofreciéndole a Bryn una rápida sonrisa—. Te escabulliste y te encontraste con Matt, ¿a que sí?

—Sí. ¿Cómo lo sabes? —Bryn parece avergonzada, lo cual es tierno.

—Has salido con pintalabios y has vuelto sin él. Eso te delata —le digo.

Pone los ojos en blanco y las mejillas se le tiñen de rosa.

—Creo que quiere pedirme que me case con él pronto.

—Vaya. ¿De verdad? —Estoy sorprendida, pero no mucho. Si alguno de esos hombres es un romántico empedernido, ese sería Matt. Él tampoco ha tratado nunca de ocultarlo, pero su lado más tierno ha salido a lo grande cuando Bryn entró en su vida—. Eso es maravilloso.

—Sí. —Bryn se encoge de hombros, su expresión se vuelve triste—. Lo es.

Me levanto y la miro, observando cómo inclina la cabeza para mirar hacia abajo. Como si no quisiera mirarme a los ojos.

—¿Qué pasa?

Bryn sacude la cabeza.

—Nada. Centrémonos en ti. Es el día de tu boda. No tienes que preocuparte por mis inseguridades.

¿La bella Bryn tiene inseguridades?

—¿Te preocupa tu relación con Matt, si te quiere o no? No creo que debas preocuparte. Ese hombre está tan loco por ti que dan náuseas. —Matt siempre mira a Bryn de reojo, como si no pudiera creer que esté con él—. Está locamente enamorado de ti.

—Y yo estoy locamente enamorada de él, pero... tengo miedo. —Bryn susurra las dos últimas palabras y levanta la cabeza para que pueda ver las lágrimas que le brotan de los ojos—. Soy boba. Sé que tenemos una relación estupenda, pero todo va demasiado rápido. No llevamos mucho tiempo juntos, y de repente quiere casarse conmigo. ¿Cómo puede estar seguro? ¿Conoce siquiera a mi verdadero yo? ¿Le conozco yo a él?

—Oh, Bryn. —Le doy un abrazo extraño porque no quiero arrugar nuestros vestidos ni despeinarnos—. No te preocupes por los «y si...» o por lo rápido que ha ido vuestra relación. Tú quieres a Matt. Él te quiere a ti. Alégrate de que esté tan dispuesto a comprometerse contigo.

—Lo sé. Tienes razón. Debería estar feliz. —Bryn se pone las manos delante de los ojos, como si eso fuera a impedirle llorar.

Siento que mis propios ojos responden a la llamada de llorar con ella, pero hago lo posible por ignorarlo. No quiero estropearme el maquillaje.

—Además, es el día de tu boda, lo que significa que tengo que cerrar el pico y dejar de lloriquear.

Me echo a reír y niego con la cabeza.

—Creo que las bodas hacen que todo el mundo se emocione. No eres la primera persona que se me echa encima. Aun así —le hago un gesto con el dedo, con voz severa—, tienes que dejar de llorar antes de que te arruines el maquillaje. La ceremonia va a empezar pronto y la única que puede retrasarla soy yo.

—Bien. De acuerdo. Tienes toda la razón. —Bryn resopla y se limpia delicadamente debajo de los ojos con la punta de los dedos—. Iré a retocarme y fingiré que nunca hemos tenido esta conversación.

—No. —Sacudo la cabeza y le cojo las manos, apretándolas suavemente—. Retomaremos esta conversación más tarde, ¿te parece? Estoy aquí para

ti. Has sido un gran apoyo para mí durante todo esto. No voy a ignorarte cuando lo necesites.

Bryn sonrío.

—Ivy y tú sois las mejores amigas, ¿lo sabías?

Le devuelvo la sonrisa.

—Lo mismo digo. —Mi sonrisa se desvanece—. Echo de menos a Ivy. Tenemos que llamarla. Espero que esté bien.

Ivy

—¡Haz que salga! Dios mío. —Dejo caer la cabeza contra las almohadas.

Me duele todo el cuerpo, sobre todo la espalda. He roto aguas hace unos veinte minutos y la enfermera me ha dicho que estoy dilatando. No puedo prestar atención; eso le toca a Archer. Estoy demasiado ocupada dando a luz a su bebé.

—Nena. Tienes que calmarte. Guarda tus energías. —Está a mi lado, retirándome el pelo de la frente, ofreciéndome agua o trocitos de hielo de un vaso de papel que me ha traído antes la enfermera.

Lo que más me apetece es un sándwich, pero no me darán nada de comer hasta que nazca el bebé.

Uf. Me muero de hambre.

Me recorren escalofríos hasta el punto de que no puedo parar de temblar y no tengo ni idea de lo que me pasa.

—T-Tienes r-razón —digo entre dientes castañeantes.

Archer me pasa el brazo por los hombros y me recuesto contra él, con la frente apoyada en su mandíbula mientras me tranquiliza. Ha estado sentado en el borde de la cama del hospital desde que llegamos, siempre con una palabra de aliento o un beso en la frente.

Quiero de verdad a este hombre. Y me encantaría de verdad tener a este bebé. Ya.

—¿Tienes frío? —Me acaricia el hombro y me acerca a él aún más, lo que me hace estremecer.

No quiero quejarme, porque nada me gusta más que estar en brazos de mi marido, pero estoy increíblemente incómoda. Me duele todo. Me siento como si estuviera a punto de dejar caer un ladrillo de dos toneladas por mi

vagina —no es que se lo vaya a decir a Archer— y estoy cansada. Anoche no dormí bien, y ahora creo que sé por qué.

Estaba de parto. Evidentemente.

—No. —Sacudo la cabeza, los dientes me castañetean tanto que los aprieto y trato de controlarme—. En realidad estoy estupenda.

—Sí, lo eres —murmura con una risa suave.

Yo también me río porque siempre dice cosas así.

—Teniendo en cuenta lo poco atractiva y sensual que me siento, agradezco el cumplido —digo cuando se abre la puerta y ambos miramos hacia ella.

Entra una enfermera con una sonrisa amable. Me echa un vistazo y la sonrisa se le desvanece mientras corre hacia la cama.

—Ooh, creo que deberíamos explorarte.

—¿Por qué? —pregunta Archer mientras se levanta. La preocupación irradia de él, y me encanta que siempre sea mi héroe, defendiéndome pase lo que pase—. ¿Está bien?

—Probablemente le quede poco. —A mi lado, la enfermera me pide con voz suave que me tumbe.

Abro las piernas y ella me mira por debajo de la bata. Se le escapa un pequeño sonido antes de volver a levantar la cabeza.

—Creo que ya podemos llamar al doctor. ¿Tienes ganas de empujar?

—Más o menos —digo justo cuando otra contracción se apodera de mí.

Se me va la voz, pero se me escapa un gemido mientras me sujeto el vientre con una mano. Como tengo monitores en el vientre, el latido constante del corazón de nuestro bebé llena la habitación y me concentro en ese sonido que me tranquiliza y me dice que está intentando salir.

—Déjame ir a buscar al doctor. Vuelvo enseguida. —La enfermera se apresura a salir de la habitación, dejándonos a Archer y a mí solos una vez más.

Él me coge la mano en cuanto se va la enfermera, entrelazando sus dedos con los míos.

—¿Estás lista? —pregunta—. ¿Te sientes bien?

—Estoy... b-bien. —Vuelven a invadirme escalofríos y aprieto los labios, intentando mantenerlo todo bajo control.

Me siento como si estuviera teniendo una experiencia extracorpórea, lo juro. Como si esto no me estuviera pasando a mí, aunque sé que me pasa.

—¿C-Crees que Marina y G-Gage están enfadados con nosotros?

La mandíbula de Archer se tensa de esa manera que lo hace cuando está siendo terco.

—No me importa si están enfadados o no. Estás a punto de dar a luz, Ivy. No es como si hubiéramos dicho: «Oye, vamos a joder el día de la boda de Gage y Marina a propósito».

—Lo sé, lo sé. —Suspiro y apoyo la cabeza en la almohada. Miro el techo verde pálido y me pregunto cuántas otras mujeres habrán estado en esta misma habitación haciendo lo mismo que yo estoy a punto de hacer—. Pero no puedo evitar la punzada de culpabilidad que siento.

—Oye, lo entienden. Sé que sí. Gage me pidió que te dijera que están pensando en ti y están deseando conocer al bebé.

—Espero que puedan pasarse antes de irse de luna de miel. Si es que para entonces ha nacido —digo con un suspiro exasperado.

—El bebé estará aquí para entonces —dice Archer con seguridad, inclinándose para mirarme directamente a los ojos—. Ten fe, cariño. Todo va a salir bien. Confía en mí.

Mientras miro fijamente a los ojos de mi marido, sé que confío en él al cien por cien. Estoy cansada, asustada y ansiosa. Deseosa de que todo esto termine para poder tener a mi hijo en brazos y darle la bienvenida a este mundo.

—Hola. —El obstetra entra a grandes zancadas en la habitación, con los faldones de su bata blanca volando detrás de él mientras se acerca a la cama—. He oído que estás a punto de tener un bebé. ¿Estás preparada?

—Todo lo preparada que se puede estar —respondo, ofreciendo una sonrisa en dirección a Archer.

Él sonrío a su vez, guapo a pesar de las ojeras y el pelo despeinado.

—Yo también, nena —dice, sin mirar siquiera al médico. No, la mirada de mi marido es solo para mí—. Yo también.

Capítulo 3

Gage

Estoy nervioso. No creía que pudiera pasarme. He estado tranquilo en medio de la tormenta que ha sido mi pobre prometida estresada. Pero ahora que ha llegado el momento, y estoy de pie con Matt a mi lado, delante de nuestros invitados, mientras todos esperamos a que Marina haga su aparición, siento que me voy a desmayar.

Exacto. Nada bueno.

Aprieto las rodillas, trago saliva e intento no moverme mientras suena la música. Nos acaricia una brisa fresca que me refresca la frente empapada en sudor y me la froto sutilmente, notando que tengo las palmas húmedas.

Soy un maldito desastre.

—Cálmate, tío —susurra Matt. Estamos tan cerca que nuestros hombros prácticamente se tocan. Me pregunto si me sujetaría si me caigo—. Parece que te vas a caer.

—Me siento como si me fuera a caer —le digo, sintiéndome como un idiota, pero sin importarme realmente. Es mi nuevo padrino, así que necesito que se esfuerce. Si me desmayo, es culpa suya.

—Tu chica va a hacer su aparición en cualquier momento. —Matt asiente hacia el principio del pasillo, donde no hay nadie. ¿Dónde están las mujeres? Ya hemos recorrido el pasillo, Matt acompañando a la madre de Marina a su asiento, yo acompañando a mi madre.

—Espero que aparezca pronto —murmuro, en serio.

Estoy inquieto. El traje me aprieta demasiado. Tengo la garganta seca. Me muero por beber algo. Preferiblemente alcohol.

Probablemente no sea una buena idea.

De repente, la niña de las flores se pasea por el pasillo, muy graciosa con un vestido blanco de encaje. Louisa es una de las primas de Marina. Tiene un montón de ellas.

Casi todas están sentadas entre la multitud, mirándome. Probablemente enfadadas porque Marina y yo acordamos que no queríamos una boda

enorme y ridícula. Arruinamos su oportunidad de llevar vestidos de damas de honor.

Entonces aparece Bryn, un auténtico espectáculo de amarillo pálido. Camina despacio por el pasillo, con una sonrisa tímida en la cara mientras me lanza una mirada y luego a Matt. Cuando su sonrisa desaparece, sus ojos se abren de par en par y miro a Matt, que mira a Bryn como si fuera la criatura más hermosa que ha visto en su vida.

El pobre está enamorado de Bryn. Está completamente loco por esa mujer. Entiendo cómo siente.

La música para y empieza una nueva canción, una baja y melódica interpretada a la perfección por el pequeño grupo de músicos que hay a la derecha. Enderezo la columna y cierro las manos en la espalda mientras espero a que mi novia haga su aparición.

Y entonces... ahí está. Su brazo se enrosca alrededor del de su padre, que tiene un aspecto respetablemente intimidante con su esmoquin. Un velo sedoso le cubre el rostro y la falda de su vestido es amplia, casi tanto como el pasillo por el que caminan.

Las lágrimas amenazan con salir y parpadeo una vez. Con fuerza. Joder, no voy a llorar. Estoy feliz, no triste. Pero también estoy abrumado, lleno de amor por esta mujer que está a punto de convertirse en mi compañera de vida.

Ambos se acercan y se detienen justo delante de nosotros, volviéndose el uno hacia el otro para que su padre pueda levantar el velo, revelándome su rostro por primera vez. Se inclina hacia ella y le besa la mejilla mientras el pastor pregunta quién entrega a esta mujer a este hombre, tal como ensayamos ayer. Su padre responde que yo, con voz grave y un poco temblorosa, y me solidarizo con él.

Yo también me siento todavía bastante tembloroso.

Marina se pone a mi lado y yo la cojo de la mano, sin poder evitar inclinarme y darle un beso rápido en la mejilla.

—Estás preciosa —murmuro, con la voz tan temblorosa como la de su padre.

Pero no me importa. No me avergüenzo. Me voy a casar, maldita sea. Se me permite llorar. Sonreír. Reír. Voy a hacer mía a esta mujer.

Para siempre.

Marina

Nos detenemos al principio del pasillo, esperando la señal de la música. Papá pone su mano sobre la mía y la aprieta.

—Estás preciosa, Marina. Tu madre y yo estamos muy orgullosos de ti.

Asiento con la cabeza, no confío en mi voz. Tengo miedo de echarme a llorar, y no quiero hacerlo. Todavía no.

—Voy a tener una charla con Gage. Dile que más le vale tratarte bien o tendrá que responder ante mí —continúa papá.

—Ay, papá. —Se me quiebra la voz y aprieto los labios un instante para contener el sollozo. Cuando lo controlo, susurro—: Me quiere. Sé que me quiere.

—Lo sé, princesa. —Papá me da una palmadita en la mano justo cuando la música sube de volumen—. Esa es nuestra señal, cariño. Allá vamos.

Dejo que papá me lleve por el pasillo hacia Gage. Está tan guapo, con el sol brillando sobre él, lo que hace que su pelo oscuro resplandezca. Sonríe cuando nuestros ojos se cruzan, aunque sé que apenas puede verme a través del velo.

Ese era el plan. Quería alargarlo. Hacer que se anticipara a mí.

Cuando papá levanta el velo y me besa, veo cómo se abren los ojos de Gage, el brillo de las lágrimas en sus profundidades. Dios, si él va a llorar, yo también, y no sé si podré soportarlo.

Papá me entrega a Gage y yo me coloco a su lado, sorprendida cuando deja caer un beso sobre mi mejilla.

—Estás preciosa —murmura con voz temblorosa.

Me da un vuelco el corazón al oír sus palabras y la sinceridad que hay detrás de ellas, el amor que brilla en sus ojos.

—Tú también —le digo, porque lo está. Mi novio está guapísimo con su esmoquin, su pelo perfecto, su expresión nerviosa—. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Se lleva nuestras manos a la boca y me besa los nudillos, lo que hace que el pastor emita un sonido de desaprobación que nos hace sonreír a los dos.

La ceremonia comienza con palabras de amor y compromiso, la santidad del matrimonio, la importancia de permanecer juntos en los buenos y en los malos momentos. Nos volvemos el uno frente al otro para recitar nuestros

votos, y me siento abrumada de amor por Gage mientras repito las palabras que me dice el pastor. Siento cada palabra que le digo Gage, y sé que él también.

Matt le entrega la alianza y Gage me la pone en el dedo, un impresionante anillo de diamantes que eligió para mí hace meses. Luego me toca a mí, cojo el sencillo anillo de platino de manos de Bryn y lo deslizo en el tembloroso dedo de Gage. Sigue nervioso. Emocionado. Yo estoy igual.

—Os declaro marido y mujer. Gage, puedes besar a la novia —dice el pastor.

Gage me estrecha en sus brazos, su cara y su olor me resultan tan familiares, tan queridos. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos, aspirando con dificultad cuando sus labios se posan en los míos. El roce es tenue y húmedo, un simple roce antes de que él presione más fuerte, haciendo el beso más intenso con un rápido y ansioso movimiento de su lengua.

Me aferro a él, ignorando los vítores y gritos de la multitud porque, Dios mío, sé que estamos dando un espectáculo. Pero no me importa. Tampoco a Gage. Quiero recordar este momento para siempre. Quiero que sea uno de los días más memorables de mi vida, también de la suya.

—Ahora eres mía, nena —me dice cuando por fin nos separamos. Sonrío porque él me sonrío, casi como si estuviera aturdido—. Ya es oficial.

Suelto una carcajada y le echo los brazos al cuello, dándole un sonoro beso en los labios.

—¿Me guste o no? —susurro contra su boca.

—Oh, te va a gustar. —Me besa una vez más y luego se separa de mí, con mis manos aún aferradas a las suyas—. Definitivamente haré que valga la pena.

—¿Me lo prometes? —me burlo.

Justo entonces, el pastor grita:

—¡Os presentamos al señor y la señora Emerson!

—¿Por ti, cariño? Cualquier cosa.

Capítulo 4

Archer

Mi esposa ha estado empujando durante la última hora y media y me está matando no poder ayudarla. No poder resolver este problema que tiene, no poder ser yo quien tenga el bebé por ella. Desearía poder cargar con su dolor, con su agotamiento, con todo para que ella no tenga que sufrir.

Odio tener que presenciar esto. No el nacimiento de mi hijo, oh, no. Estoy más que listo para conocer a mi bebé. Pero ¿mi pobre esposa?

Ivy está sufriendo. Doblada hacia delante, tiene la cara roja, la frente sudorosa y largos mechones de pelo pegados a la piel. Sus ojos están desorbitados por una mezcla de expectación y agotamiento y se desenfocan cada pocos minutos. Como si estuviera aquí, pero sin estarlo.

Tiene los pies en los estribos y las rodillas flexionadas, mientras el médico y la enfermera revolotean al final de la cama para examinarla entre las piernas. Se asustó un poco cuando la tumbaron en la mesa de partos. Entró en pánico. Lleva semanas diciendo que quiere sacar al bebé, pero ahora que estamos en el momento final, creo que se está arrepintiendo de todo el proceso de dar a luz, aunque sé que son los nervios.

De todos modos, ya es demasiado tarde. No hay vuelta atrás. Ella lo sabe, pero... las mujeres embarazadas pueden ser un poco irracionales a veces. No es que se lo admitiría a Ivy. O a cualquier otra mujer que haya dado a luz.

Lo único que me tranquiliza en medio del caos y la preocupación es el sonido del latido constante del corazón de mi hijo procedente del monitor, que llena la habitación con un zumbido implacable que me dice que lo está haciendo bien.

Ojalá pudiera decir lo mismo de Ivy. Está agotada.

—¿Estás bien? —le pregunto, pasando mis dedos por su antebrazo, llamando su atención—. Ya casi está, cariño. Lo estás haciendo muy bien.

—Estoy bien. —Asiente con la cabeza, pero su voz vacila y me pregunto hasta qué punto se siente bien de verdad—. Solo quiero que esto termine. Estoy tan cansada.

—Tal vez... —Dejo que mi voz se entrecorte, no estoy seguro de si debo decirle lo que quiero decirle o no. Me aclaro la garganta—. Llevas horas con esto. Quizá deberías plantearte una cesárea. Sé que hablamos del parto natural y que no querías que te hicieran una cesárea, pero...

—Solo llevo empujando dos horas. El bebé no está estresado. No me rindo, Archer. —Se sienta más erguida, con expresión decidida—. Seguiré.

Uf, vaya. Ahora se ha propuesto demostrar que me equivoco.

Esta suele ser mi señal para no seguir insistiendo, pero, joder, estoy aterrado de que algo pueda pasarle a Ivy. Y no voy a perderla. Ni siquiera puedo concebir la idea.

El teléfono empieza a sonarme y veo que es Matt. Me dirijo al rincón más alejado de la habitación para poder contestar y hablar sin que Ivy me oiga.

—¿Qué pasa, tío? No me digas que también dejaste plantados a Gage y Marina.

Matt se ríe entre dientes.

—¿Ya eres padre o qué? Todo el mundo se muere por saber cómo va la cosa. ¿Cómo está Ivy? ¿Se encuentra bien?

—El bebé aún no ha nacido —digo mirando hacia la cama de Ivy.

Tiene la mano apoyada en el vientre y la barbilla inclinada hacia abajo. Juraría que mueve los labios y creo que está hablando consigo misma o con el bebé. Probablemente le esté diciendo al bebé que le va a demostrar a papá que se equivoca y que aparecerá más pronto que tarde, lo cual me parece bien.

—Lleva casi dos horas de parto —digo, bajando la voz—. Estoy preocupado por ella.

—Estará bien —dice Matt—. Las mujeres tienen bebés todo el tiempo. Ivy es fuerte.

Sé que lo que dice Matt es verdad, pero aun así me preocupo por Ivy. Ella es mi vida. Quiero lo mejor para ella y lo que menos deseo es verla sufrir. No tenía idea de que verla de parto sería tan difícil. Necesito cambiar de tema un rato y centrarme en otra cosa.

—¿Cómo ha ido la boda?

—Genial. Todo ha salido a pedir de boca y Marina era una novia preciosa. Lo juro, Gage ha llorado cuando la ha visto por primera vez.

—¡No me jodas! —Gage se estaba convirtiendo en un blandengue.

No es gran cosa considerando que yo también lo era. También Matt. Culpo a las mujeres.

—Te lo juro, tío. Me entraron ganas de llorar cuando vi a Bryn venir hacia mí por el pasillo con su vestido de dama de honor, estaba tan guapa con el ramo en la mano —dice Matt, con voz suave.

Está perdido. Está locamente enamorado de su antigua asistente, no es que pueda culparle. Nunca se lo diría a Ivy, pero Bryn es muy atractiva y simpática.

Dios, me arrancarían la cabeza si supiera que he pensado eso.

—Te has convertido en un completo idiota —murmuro solo para meterme con Matt.

Funciona.

—Que te jodan —responde alegremente—. señor-estoy-tan-preocupado-por-mi-mujer-mientras-da-a-luz-a-mi-bebé, aunque lo entiendo, tío. Lo entiendo. —Matt hace una breve pausa y oigo una ovación de fondo. Parece que todos se lo están pasando bien, y ojalá Ivy y yo hubiéramos podido estar allí para celebrarlo con todos. Pero nuestro bebé tenía otros planes—. ¿Qué crees que vas a tener? ¿Niño o niña?

Quiero poner los ojos en blanco. ¿Cuántas veces he respondido a esta pregunta? Joder, ¿cuántas veces me lo ha preguntado el propio Matt?

—No importa mientras el bebé esté sano —le digo.

—Esa es una respuesta de mierda. Puedes decirme la verdad. No se la revelaré a nadie. ¿Qué crees que es? ¿Qué quieres?

—De verdad que no me importa tío, ¿vale? —Miro a Ivy que me está observando. Joder, parece cabreada.

Trago saliva, preparado para el golpe verbal que estoy a punto de recibir.

—Archer —prácticamente sisea. Tiene los ojos entrecerrados, pero también parece asustada. Y tan, tan cansada—. Te necesito.

—Tengo que irme —le digo a Matt—. Reza por mi mujer —añado antes de colgar.

Corro hacia Ivy, que suelta un largo gemido mientras se agarra el vientre con ambas manos.

Vamos a necesitar toda la ayuda posible.

Matt

La recepción está en pleno apogeo y por fin puedo relajarme. Durante la ceremonia, estuve al lado de Gage y le entregué el anillo. Durante la cena di un discurso que hizo llorar a casi todas las mujeres presentes. Y ahora estoy bailando lentamente con mi novia, estrechándola entre mis brazos mientras nos balanceamos al ritmo de la música.

¿Desde cuándo mi vida es tan perfecta?

«Desde la primera vez que viste a Bryn».

Exacto. Exacto.

—Parecen tan felices —murmura Bryn, abriéndose paso entre mis pensamientos.

La miro y veo que está observando a Gage y Marina bailar cerca de mí. Se miran fijamente y se abrazan mientras flotan lentamente por la pista, rodeados de otras parejas. Pero no prestan atención a nadie más, actúan como si fueran las dos únicas personas de la sala. Parecen perdidos el uno en el otro.

—Eso es lo que te hace el amor —digo porque me identifico.

Me siento igual. Completa y totalmente perdido en Bryn y lo que compartimos. No hay nada mejor que esto, y me doy cuenta de la suerte que tengo cuanto más tiempo paso con Bryn.

Quiero que esta relación sea permanente. Somos el uno para el otro. Yo lo sé. Ella lo sabe. Entonces, ¿por qué no afrontamos los hechos y llevamos nuestra relación al siguiente paso lógico?

—Tienes razón. —Bryn me sonrío, la visión de su bonita cara me roba momentáneamente el aliento—. El amor te hace hacer locuras.

—Así es. —Asiento con la cabeza y trago saliva.

Ha llegado el momento. Quiero decir las palabras, pero se me atascan en la garganta como si me hubiera convertido en una especie de cobarde. ¿Cuándo he dudado yo en ir a por lo que quiero? Soy un buscavidas, y siempre lo he sido. Si algo he aprendido de mi insoportable padre, es que tienes que hacer que las cosas sucedan por ti mismo, no esperar a que te sucedan a ti.

Un buen consejo. Incluso en las relaciones.

—Lo has hecho increíble en el discurso del padrino —continúa Bryn, pasándome la mano por el hombro. Siento un cosquilleo en la piel, incluso a través de las capas de ropa—. ¿Planeaste lo que ibas a decir? ¿O no has ensayado nada?

—Teniendo en cuenta que tuve menos de dos horas para preparar el discurso, y que la mayor parte de ese tiempo estuve haciendo otras cosas... Básicamente sin ensayar —digo.

No soy el mejor cuando se trata de hablar en público, pero me defendí. No como ahora, que pierdo los nervios al intentar hablar con mi propia novia.

Es solo la pregunta más importante de mi vida. ¿Cuál es el problema?

Empiezo a sudar. Dios, esto es un maldito gran problema.

—Bueno, lo has hecho muy bien. Y también estás guapo —dice agradecida—. Aunque creo que ya te lo he dicho unas mil veces.

Levanto una ceja.

—¿Solo guapo? —Parece que al menos todavía puedo flirtear. Eso es bueno porque siento que estoy perdiendo el control y rápido.

—Mucho más que guapo. —Ella sonrío—. Atractivo. Megaatractivo.

—Eso está mejor. —Me inclino y le doy un beso rápido en la frente.

—Te quiero —susurra y mi corazón se rompe con sus palabras. Rara vez lo dice ella primero; es casi como si le diera miedo confesar que puede tener más sentimientos que yo en un momento dado.

He vivido la mayor parte de mi vida intentando siempre estar por encima, pero esta relación no es una competición. Somos dos iguales, Bryn y yo, y me gustaría que ella se diera cuenta de eso. En lo que respecta a las relaciones y al amor, sé que no ha tenido los mejores ejemplos en la vida, pero quiero que tenga confianza sabiendo que la quiero.

—Yo también te quiero —digo, mi voz (y mi coraje) cada vez más fuerte—. Bryn.

—¿Qué?

La miro fijamente a los ojos, memorizando su aspecto en este preciso momento. Feliz, hermosa. Perfecta.

—¿Quieres casarte conmigo? ¿Ser mi esposa?

Deja de bailar y yo también, con el corazón a mil por hora. Me mira boquiabierto, con los ojos como platos y los labios entreabiertos, como si yo tuviera dos cabezas. Entonces da un paso atrás, sus manos se apartan de mí y niega lentamente con la cabeza.

—Lo siento. No puedo —susurra, justo antes de girar sobre sus talones y huir de mí lo más rápido que puede.

Dejándome de pie en medio de la pista de baile. Solo y devastado.

Joder. ¿Qué acaba de pasar?

Gage

—¿Gage? —La dulce voz de mi mujer resuena en mi interior, la miro y le ofrezco una suave sonrisa.

—¿Sí?

—Te quiero. —Marina me sonrío, radiante de belleza.

Me dan ganas de volver a llorar con solo mirarla. Cuando la vi de pie al final del pasillo del brazo de su padre, lista para caminar hacia mí y comenzar este viaje llamado matrimonio, se me saltaron las lágrimas. El vestido que llevaba era espectacular. Su pelo, su sonrisa, la forma en que sujetaba el ramo con tanta fuerza que las flores temblaban... Me conquistó.

Me destrozó.

Todo el estrés y la alegría y las discusiones y la preocupación y la ansiedad en la planificación de esta boda valieron la pena en ese único momento.

—Yo también te quiero —susurro, agachándome para poder besarla, incluso con un poco de lengua, a lo que ella responde con avidez.

Hoy es nuestro día. Si alguien quiere echarnos la bronca por besarnos con lengua en la pista de baile de nuestra boda, que le den.

Ella se aparta primero, su sonrisa vacilante, sus ojos un poco aturridos.

—Gracias.

—¿Por qué? —Me río y sacudo la cabeza de lado a lado—. ¿Por besarte?

—Por aguantarme estos últimos meses. —Su sonrisa se convierte inmediatamente en un ceño fruncido—. Me he comportado como una completa zorra. No sé cómo me has soportado.

—No eres una zorra. —Le beso la punta de la nariz—. Puede que hayas estado un poco... susceptible, pero, oye, has estado bajo mucho estrés. Planear una boda no es fácil.

—Planificar una boda para un grupo de exigentes italianos que esperan la fiesta del siglo no es nada fácil —dice, con una voz teñida de sarcasmo.

Suelto una carcajada. Hay algo en su alborotadora familia italiana que me encanta. Incluso su padre, que a veces me trata como si fuera escoria. Me encanta ese tío. También quiero a su madre. Quiero a toda su maldita familia y sé que mi familia la acepta plenamente, en especial mi hermana.

Mierda. Mi hermana. Está teniendo un bebé ahora mismo y no he contactado con ella. Nuestros padres se fueron al hospital para estar con ella y Archer. Yo debería hacer lo mismo. Deberíamos irnos ahora mismo y ver cómo está. Tenemos tiempo antes de llegar al hotel. Joder, ni siquiera volaremos al Caribe hasta mañana por la mañana.

—Le envié un mensaje a Archer hace unos minutos —dice Marina como si pudiera leer mi mente o algo así.

Que probablemente pueda. Solía pensar que eso daba miedo. Ahora solo lo acepto.

—¿Qué ha dicho? ¿Cómo está mi hermana? —Oigo el pánico en mi propia voz y me digo que me calme.

Si hubiera ocurrido algo malo, se habrían puesto en contacto con nosotros. Si no, nos dejan en paz, son las palabras exactas que Archer me envió por mensaje de texto justo antes de la ceremonia.

—Quieren que disfrutemos de nuestra boda, no que nos preocupemos por Ivy todo el tiempo.

Agradecí el gesto y, por supuesto, pude centrarme en la ceremonia y a la recepción, pero, aun así, pienso en mi hermana y espero que esté bien.

—Ella está bien. Sigue de parto. Archer está preocupado por ella —dice Marina.

—¿Debería preocuparme por ella también?

—No. Es normal. He hablado con tu madre hace unos minutos. Llamó justo antes de que me arrastraras a la pista de baile —dice Marina, riéndose cuando frunzo el ceño—. Acababan de llegar al hospital y dijeron que Ivy tenía buen aspecto. Bueno, parecía cansada y un poco gruñona y más que preparada para dar a luz, pero, pese a todo eso, tenía buen aspecto. No hay complicaciones y el bebé debería nacer pronto.

—Bien. —Estoy agradecido de escuchar que mi hermana se encuentra bien.

El momento no ha sido el más adecuado, pero será memorable. Especialmente si el bebé nace justo hoy. Hablando de celebración. Un aniversario de boda y un cumpleaños en la familia, no hay nada mejor.

—Me estaba preguntando... —Marina se muerde el brillante labio inferior.

Maldita sea, está sexi cuando hace eso. Hace mucho que no la tengo desnuda y debajo de mí. No solo por el estrés, sino porque ella ha querido

que no nos tocáramos durante un tiempo.

Hará que la noche de bodas sea mucho mejor, ha insistido ella.

Pues vale. Le he seguido la corriente, pero ya hemos acabado con eso. Estoy ansioso por llevarla a la habitación del hotel y quitarle ese vestido. Y cualquier otra cosa que tenga debajo, porque sé que va a ser complicado.

Estoy más que preparado para el reto.

—¿Preguntándote qué? —digo.

—¿Quizá antes de ir al hotel podamos pasar por el hospital para ver a Ivy y, con un poco de suerte, al bebé? No nos iremos de aquí hasta dentro de unas horas, y supongo que el bebé habrá nacido para entonces —responde Marina.

—¿Unas horas? —Mierda. ¿Cuánto se supone que va a durar esta recepción?

—Bueno, no hemos cortado la tarta todavía, y no he lanzado el ramo. Y tú tienes que tirar la liga. Así que sí. Faltan unas horas por lo menos —subraya.

Por lo menos. Bueno, eso no suena bien. Estoy listo para largarme

—Pero yo ya estoy listo para tenerte a solas —susurro, apretando su mano mientras me acerco a ella. Tan cerca que nuestros pechos se rozan y nuestras piernas se enredan momentáneamente.

Su sonrisa se vuelve sensual.

—Lo sé. Créeme, yo también quiero tenerte a solas, pero solo unas horas más aquí. Te lo prometo. Luego iremos al hospital y después al hotel. Probablemente no nos dejarán quedarnos mucho tiempo en el hospital de todos modos. Tendremos suerte si vemos a Ivy, con las horas de visita y demás.

Sí. Necesito hacer lo correcto e intentar ver a mi hermana. Al menos, espero ver al bebé y a Archer.

—Tienes razón. —Miro a mi alrededor y veo que nadie nos presta atención. Bajando la voz, digo—: Vamos a escabullirnos para uno rapidito.

Se queda boquiabierta.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente. —Solo de pensarlo se me pone dura—. Te deseo, Marina. Ha pasado demasiado tiempo. No sé si puedo esperar otras dos o tres horas o lo que sea antes de tenerte desnuda en la cama.

Se mira a sí misma y luego me mira a mí.

—Tardaré veinte minutos en quitarme todo lo que llevo puesto.

Solo puedo imaginar lo que lleva puesto. Apuesto a que cada prenda es sexi a más no poder.

—¿No puedo levantarte la falda?

Sus mejillas se tiñen de rosa.

—Dios, Gage eres lo peor.

—Te encanta. Por eso te has casado conmigo. —La beso, dejando que mis labios se queden en los suyos. Tiene que saber cuánto la deseo. Un rápido magreo al menos la tranquilizará—. Vamos, nena. Escapémonos a algún sitio. Desapareceremos durante diez minutos como máximo. Nadie notará que nos hemos ido.

—¿Solo me das diez minutos? —Sus cejas se levantan.

Me río.

—Qué avariciosa. Qué tal si tú te quedas con cinco y yo con cinco.

—¿Ahora solo cinco?

Bajando la voz, le rozo la oreja con mis labios.

—Puedo hacer que te corras en menos de cinco y lo sabes.

Ella se estremece y yo sonrío.

—Entonces confías mucho en mis habilidades, dándome solo cinco minutos. —Aun así, no niega que puedo hacer que se corra en menos de cinco porque sabe que es verdad.

—Ya estoy a medio camino —susurro, haciéndola reír.

—De acuerdo —dice, pero no parece disgustada. Está tan emocionada como yo—. Vámonos.

—¿Dónde? —Dejo que Marina me coja de la mano y me saque de la pista de baile.

La música cambia, suena una canción rápida y tres cuartas partes los invitados se pone en pie, dispuestos a inundar la pista de baile. Perfecto.

—Hay una sala al final del pasillo. La sala donde todos esperamos a que empezara la ceremonia —me dice mientras caminamos codo con codo, saludando con la cabeza y sonriendo a los invitados a nuestro paso.

Su familia no está a la vista y mis padres ya se han ido para estar con Ivy y Archer, así que creo que estamos a salvo.

—Ah, yo también me preparé al final del pasillo —digo—. Vayamos allí. Menos posibilidades de que alguien intente entrar, ¿no crees?

—Hay un pestillo en la puerta, Gage. —Pone los ojos en blanco y me sonrío—. De ninguna manera tontearía contigo en nuestra maldita recepción de boda sin una puerta con pestillo.

Los dos nos reímos, sin prestar atención a por dónde caminamos hasta que tropiezo con alguien.

Una Bryn visiblemente molesta y con los ojos llorosos.

—Lo siento —murmura cuando le tiendo la mano para sujetarla después de hacerla retroceder a trompicones.

—Bryn. —Le doy una pequeña sacudida en los hombros, obligándola a levantarme la vista—. ¿Estás bien?

Resopla y me dedica la sonrisa más falsa que he visto nunca.

—Estoy bien. Muy bien. Siento haberme tropezado con vosotros. Os dejo ir. —Se zafa de mi agarre y parece dispuesta a salir corriendo cuando Marina la coge del brazo.

—Bryn, ¿qué ha pasado? —Marina me lanza una mirada, una que dice que tiene que averiguar qué está pasando, y siento que mi erección se desinfla así como así.

Joder. Pero, bueno, lo entiendo. Le hago un breve gesto con la cabeza y doy un paso atrás, dejando que las dos mujeres se alejen de mí mientras Marina le hace más preguntas a Bryn, intentando sonsacarle información.

Supongo que debería ir en busca de Matt para saber qué pasa.

Capítulo 5

Bryn

Lo último que quiero hacer es descargar todas mis penas y problemas en la novia, pero Marina es la que me está interrogando. Gage se alejó y nos dio algo de privacidad, lo que me dejó alucinada. Protesté cuando Marina me llevó a una mesa vacía en un rincón oscuro para poder interrogarme más a fondo, pero él nos hizo un gesto para que nos fuéramos. Tengo mucha suerte de tener tan buenos amigos.

—De acuerdo. —Marina se sienta frente a mí, su expresión seria, su mirada implorante—. Dime qué ha pasado para que estés tan disgustada.

Aprieto los labios. Me va a decir que soy la mayor idiota de la historia cuando le confiese lo que le he hecho a Matt. Lo sé.

—He dicho algo estúpido.

Marina me ofrece una pequeña sonrisa.

—¿No lo hacemos todos? Digo estupideces constantemente.

—Le he dicho algo estúpido a Matt.

—Siempre le digo alguna estupidez a Gage, así que no te preocupes — intenta decirme que lo que haya pasado no tiene que ser para tanto, pero yo sé la verdad.

Es muy importante.

—Matt me ha pedido que me case con él y le he dicho que no —suelto, pensando que es mejor acabar de una vez porque... Dios mío.

Me siento muy bien contándole a mi amiga lo que he hecho.

Y debo reconocer que Marina apenas pestañea.

—Dame los detalles exactos. Bueno, cualquier detalle que quieras dar, claro.

Suspiro y me lanzo a contar la historia, sin sacar a relucir el miedo que se cierne sobre mí como una nube oscura desde la cena de ensayo de anoche. Matt siempre ha tenido una vena romántica, pero parece más cariñoso desde que presencié el ensayo de ceremonia entre Gage y Marina.

—Creo, no, lo sé, que veros ensayar la ceremonia, los votos y todo eso le ha metido ideas en la cabeza. Ideas de que quiere casarse conmigo —digo,

terminando mi explicación.

Marina alarga la mano y me coge la mía con fuerza.

—¿Y qué hay de malo en eso? Se os ve muy bien juntos.

—Lo estamos. Sin duda —digo, asintiendo—. Pero ¿no crees que vamos demasiado rápido? No llevamos tanto tiempo juntos. Ni siquiera un año. ¿Y ya me está pidiendo que me case con él?

—Cuando se sabe, se sabe —dice Marina suavemente—. Gage y yo llevábamos juntos poco tiempo antes de saber que queríamos casarnos.

—Ves, esa es la cuestión. No sé si quiero casarme algún día —confieso, bajando la cabeza.

Me siento fatal admitiendo algo así, pero es la verdad. He tenido ejemplos terribles en lo que a relaciones se refiere. Mi madre me abandonó y, aunque lo he aceptado, el abandono me dolió. No conozco realmente a mi padre, pero da igual. No tengo hermanos. Y sé que mi abuela me quiere, pero siempre es muy brusca. Mi abuelo murió antes de que yo naciera, y ella rara vez ha tenido un hombre desde entonces, así que no la he visto mucho en relaciones románticas.

Matt es lo primero bueno que me ha pasado. El hombre más cariñoso y extraordinario que he conocido. Me trata como a una reina.

Y como una completa idiota, le he dicho que no. Que no quiero casarme con él.

¿Qué me pasa?

No me doy cuenta de que estoy llorando de nuevo hasta que noto una lágrima en la falda de mi vestido. Me enjugo los ojos con dedos temblorosos y resoplo ruidosamente, deseando tener un clínex.

Marina me tiende una servilleta de tela, la cojo y me limpio los ojos. Mis amigas son lo segundo mejor que me ha pasado desde que me mudé al valle de Napa. ¿Qué haría sin Marina e Ivy? Estas mujeres me cuidan pase lo que pase, sin hacer preguntas. Ríen y lloran y se enfadan cuando yo lo hago, y yo hago lo mismo por ellas. Son como familia.

—Estás asustada —dice Marina—. Y es comprensible. Si alguien debería entenderlo, es Matt. Perdió a su madre. Su padre es un completo imbécil. Gage me dijo que Matt solía ser así también, cuando jugaba profesionalmente. Pero luego se lesionó y eso lo cambió por completo. Alteró su vida, tanto en su carrera como en su forma de pensar y comportarse. Dejó de ser un mujeriego y se centró en superarse. Entonces te

encontró. —Sonríe—. Tú también le ayudaste a cambiar. Os habéis cambiado mutuamente.

—Así que, como agradecimiento, lo rechazo y lo he estropeado todo con él. Eso es genial —gimo, sintiéndome como una completa idiota.

—No has estropeado nada —dice una familiar voz masculina detrás de mí.

Me quedo paralizada, reconocería esa voz en cualquier parte. Cierro los ojos y respiro hondo, en busca de valor. Necesito ser valiente y enfrentarme a él. Ha vuelto a por mí. Tal vez esté diciendo la verdad y no lo haya estropeado después de todo.

Lentamente me giro en la silla y veo a Matt de pie, con una sonrisa insegura mientras me observa.

—¿Qué haces aquí? —susurro, ganándome un empujón de Marina, sin duda por otra pregunta estúpida.

—Ve con él —susurra, y eso hago.

Me levanto y camino hacia él como si estuviera en trance, todo se desvanece hasta que parece que solo estamos él y yo en la estancia y no otras trescientas personas más o menos.

—Lo siento mucho, Matt —digo, sorprendida cuando me coge las manos entre las suyas y las mantiene entre nosotros—. No debería haber huido.

—No debería haberte hecho esa pregunta todavía —dice, con voz seria y mirada escrutadora—. No estás preparada. Debería haberme dado cuenta.

—No es culpa tuya. Soy yo. Ir tan rápido... a veces me asusta. Hemos ido a un ritmo acelerado, ¿sabes? —le digo, entrelazando mis dedos con los suyos—. Como Marina, siento que he estado al límite con todo esto de la boda. Luego me soltaste esa pregunta y me entró el pánico.

—Lo sé. —Suspira con fuerza y sacude la cabeza—. Soy el tipo de hombre que va tras lo que quiere. Y sé lo que quiero, Bryn. —Se acerca e inclina la cabeza para que nuestras frentes se presionen—. A ti.

—Yo también te deseo —susurro—. Te quiero. Lo siento.

—Yo también lo siento. —Me besa. Suave y cálido y tan cariñoso que quiero llorar de nuevo, pero no porque esté triste.

Sino porque estoy increíblemente feliz de que mi hombre no me haya dejado alejarme de él sin luchar.

—Te lo preguntaré otra vez —me susurra al oído cuando terminamos de besarnos—. En un tiempo. Cuando ya no estés tan asustada. Pero te lo

advierdo ahora; estoy decidido a hacerte mía de la forma más oficial posible.

Suspiro hondo y cierro los ojos, apoyando la cara en el pliegue de su cuello, donde huele tan bien.

—Suena perfecto —murmuro contra su piel.

Marina

Me siento bien dejando a Bryn con Matt porque si alguien puede solucionar esto, son ellos dos. Están tan enamorados que da asco.

Pero también siento lo mismo por Archer y Ivy. Incluso Gage y yo.

Ponnos a los seis juntos y todos somos como... superempalagosos.

Riéndome por lo bajo, salgo de la recepción y me escabullo por el pasillo hasta la sala donde Gage me ha dicho que me reuniera con él por mensaje de texto no hace ni cinco minutos. Cuando abro la puerta lentamente, me encuentro con una habitación oscura y aparentemente vacía.

Pero sé que no lo está. Puedo olerlo. Directo y limpio y tan deliciosamente Gage. Cierro la puerta tras de mí, me apoyo en ella y mi vista se adapta a la oscuridad hasta que por fin distingo su silueta. Viene hacia mí, sus pasos animales, su mirada penetrante cuando se posa sobre mí.

—Lo has conseguido —dice, el timbre de su voz profunda parece vibrar en mí—. Te he echado de menos.

—¿He estado fuera unos diez minutos? —Él desliza sus brazos alrededor de mi cintura mientras yo me acerco, ansiosamente yendo a sus brazos—. Debía ayudar a Bryn.

—Lo sé —murmura contra mi frente, sus labios me hacen cosquillas en la piel—. ¿Va todo bien?

—Nada que no se pueda arreglar. —Tenía fe en ello. Matt entiende a Bryn, tal vez incluso mejor de lo que ella se entiende a sí misma. Ella necesita poner más confianza en él y en su relación.

—Eres una buena amiga. —Las manos de Gage se pasean. A lo largo de mis brazos, hasta mi cintura, deslizándose hasta mis caderas. El vestido que llevo tiene un corpiño ajustado, pero la falda es enorme. Como de princesa de cuento, capas de tul y seda y encaje, gigante como Cenicienta en el baile. Me enamoré de él en cuanto lo vi.

Mi marido —Dios, solo pensar en esa palabra me estremezco— probablemente lo odia.

—¿Dónde está mi mujer? —Levanto la vista y lo encuentro sonriéndome, con las manos perdiéndose en la voluminosa falda—. No la encuentro debajo de tanta tela.

—No sé si alguna vez lo hará —digo con un suspiro dramático, esperando que eso le espolee—. Especialmente cuando solo tiene cinco minutos para encontrarla.

Ese comentario lo pone en acción. Se arrodilla delante de mí y me levanta las capas de la falda hasta que queda enterrado debajo. Me toca los muslos y yo suelto una risita, me hace cosquillas.

—Bonito liguero —murmura, con la voz apagada mientras los recorre.

Sus dedos rozan la piel expuesta de mis muslos y agradezco que nos haya colocado de algún modo cerca de la pared. Me apoyo en ella y se me escapa un suave suspiro cuando sus dedos exploran hacia arriba, a lo largo de mis muslos, recorriendo la costura de mis bragas blancas y de encaje.

Puede que no sea virgen, pero puedo fingir que lo soy el día de mi boda.

—Sexi. —Su voz se hace más grave justo cuando sus dedos se deslizan bajo el encaje y tocan mi piel desnuda y caliente.

Cierro los ojos y abro un poco las piernas, ya perdida en su tacto cuando siento que recorre mis pliegues empapados.

—Cariño, estás empapada.

—Deseo a mi marido —digo, con ganas de reír y gemir a la vez porque, Dios mío, qué imagen debemos de dar: yo apoyada contra la pared, mi marido debajo de mi vestido de novia, intentando apresuradamente que me corra con unas cuantas caricias de sus dedos.

—Bueno, lo vas a tener. Como sea —me dice mientras me toca el clítoris con el dedo.

Ya estoy preparada y ansiosa, lista para que me empuje hasta el límite y me lleve directamente al orgasmo. Espero que eso calme la incesante necesidad que me invade desde hace días. Semanas.

Odio lo distantes que hemos estado últimamente. Pero voy a rectificar eso también, con una noche de bodas increíble y una luna de miel fantástica.

Gage me toca de una forma especial que me encanta y se me escapa un grito ahogado. Ese dulce y agudo zumbido me recorre el cuerpo, me dice

que estoy cerca, y me sujeto a la pared cuando su tacto se vuelve más rápido, un poco más intenso, sus labios pegados contra el interior de mi muslo.

Y entonces su boca está sobre mí, sus dedos enterrados profundamente. Grito y él me pellizca el muslo para recordarme dónde estamos, estoy segura. Me tapo la boca con la mano para no gritar mientras el orgasmo me invade y me deja hecha un amasijo tembloroso y jadeante, desplomada contra la pared.

Este hombre lo hace bien. Se lo reconozco.

En unos segundos sale de debajo de mi vestido, con la cara sonrojada y los labios húmedos. Me sonrío, muy satisfecho de sí mismo, y yo no puedo evitar devolverle la sonrisa.

—Me toca a mí —dice contento, y me río cuando se incorpora y se abalanza sobre mí. Me coge en brazos y me besa hasta dejarme sin sentido, con mi sabor en los labios y la lengua.

No me importa. Acepto su beso con impaciencia, me tiemblan las rodillas cuando su lengua saquea mi boca y, cuando él rompe el beso primero, le sigo, mi boca sigue buscando la suya.

—Siente esto —me dice mientras me coge la mano y la coloca sobre la firme erección que se tensa contra sus pantalones negros.

Lo acaricio despacio, de la base a la punta, puedo sentir casi cada bendito centímetro y rugosidad de su carne, y le sonrío al ver la expresión de felicidad que ya cruza por su rostro.

—Creo que mi marido me desea —murmuro mientras vuelvo a tocarlo. Esta vez un poco más rápido.

—Tienes toda la razón.

—¿Crees que puedo arrodillarme con este vestido? —Levanto el pie, haciendo que mi falda se ensanche, y Gage se ríe.

—¿Hablas en serio?

Oh, eso sí que es un desafío. Eso es lo que nos gusta hacer a Gage y a mí: retarnos constantemente.

—Mírame —digo mientras me cojo la falda con una mano y me arrodillo delante de mi ahora sorprendido marido.

Sin dudarle, me acerco a él y le abro la bragueta, impresionada por su gruesa polla que se tensa contra el algodón húmedo de sus calzoncillos.

—¿Cinco minutos, nena? —me pregunta, sus dedos se deslizan por mi pelo y me acercan a su erección—. ¿Crees que puedes hacerlo?

—Sé que puedo —murmuro justo antes de rodear la punta de su polla con los labios, y su gemido de placer me provoca una descarga de excitación. De repente, vuelvo a estar excitada.

Y así hago que mi marido se corra en menos de cinco minutos solo con mi boca. El día de nuestra boda, al final del pasillo donde aún sigue el banquete.

Sí. La vida no puede ser mucho mejor que esto, ¿verdad?

Ivy

—Pequeña. Pequeña, pequeña, pequeña.

Dejo caer la cabeza contra la almohada, con el pecho dolorido por las respiraciones entrecortadas que me cuesta coger. Esto de expulsar un bebé por la vagina es jodidamente duro. ¿Por qué mi madre nunca me lo ha dicho?

Probablemente porque sabía que me negaría a hacerlo si descubría la verdad.

—¿Estás hablando conmigo o con tu futuro hijo o hija? —le pregunto a Archer cuando por fin recupero el aliento.

Tengo la boca seca, la piel empapada de sudor y siento que me voy a desmayar, lo cual es gracioso, teniendo en cuenta que estoy tumbada. Bueno, medio tumbada, ya que me inclino hacia delante cada pocos minutos para intentar expulsar al bebé.

—A ti. Te estoy hablando, cariño. Intento animarte. —Archer me coge la mano y le da un apretón.

Dios, adoro a este hombre. De verdad espero que con los próximos empujones pueda sacar a este bebé que él espera tan ansiosamente.

—Ya casi está, cariño. Lo estás haciendo muy bien.

—Lo sé —susurro, luego cierro los ojos cuando oigo al médico empezar a hablar.

Sigue diciendo todas las cosas correctas, pero esas cosas me están irritando muchísimo ahora mismo. En lo único que quiero centrarme es en mi marido. En él.

En nadie más.

—Un empujón más, Ivy, y podrás tener a tu bebé en brazos en cuestión de minutos —me dice el médico, y me dan ganas de darle un puñetazo.

Es un hombre. No tiene ni la menor idea de lo difícil que es todo esto.

—Ivy. —Archer vuelve a apretarme la mano y mis ojos se abren de golpe para encontrarlo mirándome, con una expresión alentadora en su rostro apuesto, aunque cansado—. Vamos a por ello, cariño. Un empujón más. Ya queda poco. Puedo ver la cabeza de nuestro bebé. Tanto pelo oscuro y la carita arrugada.

Estaba allí abajo con el médico, revisándome en toda mi desnudez, empujando a un bebé fuera de la gloria de mi vagina, y en cualquier otro momento podría haberme asustado un poco.

Sin embargo, ahora no. Simplemente no me importa. Quiero al bebé fuera. No aguanto más. Estoy cansada y exhausta y muerta de calor y harta, harta, harta.

—Un fuerte empujón más y seremos una familia de tres —continúa Archer—. ¿No es eso lo que quieres? Tu madre y tu padre están esperando en el vestíbulo, impacientes por conocer a su nieto. Gage me ha mandado un mensaje y me ha dicho que él y Marina van a pasarse por aquí antes de irse al hotel. Vamos, cariño. ¿Lista?

Archer sabe exactamente qué decir para animarme. Que mis padres están esperando, que Gage y Marina van a pasar con la esperanza de que vean al bebé, me anima.

—Sí. —Lucho por sentarme y él me ayuda.

Estoy inclinada hacia delante, con las rodillas apuntando al cielo, las piernas abiertas para que Dios y todo el mundo pueda ver, y cierro los ojos, respiro hondo y empujo con todas mis fuerzas.

Ya está. Tengo que hacer que esto suceda. Estoy cansada y mi bebé necesita estar en mis brazos.

En cuestión de segundos siento que el bebé sale de mí. Al menos eso es lo que parece. Un bebé se me escapa del cuerpo y acaba en las manos del médico.

—Es un niño —declara justo cuando un grito desgarrador llena la habitación.

—Lo sabía —murmuro mientras veo a Archer mirar a su hijo por primera vez.

—Corta el cordón —anima el médico, y Archer lo hace, como aturdido, mientras el médico me entrega a mi bebé.

Rompo a llorar y acurruco al bebé contra mi piel desnuda. Me inclino sobre él y le huelo la cabeza húmeda, siento su carita contra mi pecho como si ya estuviera buscando un pezón.

Pequeña cosa codiciosa. Igual que su padre.

—Un niño. —Archer posa su mano sobre la cabeza de nuestro hijo, su palma cubriéndola por completo.

Su tono y su expresión están llenos de asombro e incredulidad. Levanta la cabeza y su mirada se cruza con la mía. Veo destellos de lágrimas y eso acelera las mías, hasta que los dos sonreímos, lloramos y abrazamos a nuestro bebé.

—Es precioso —digo.

—Como su mamá —asiente Archer, solemnemente—. Gracias, Ivy.

—¿Por qué?

—Por darme un hijo.

—Tú también has tenido algo que ver. —Sonrío y acaricio el suave pelo de nuestro hijo.

La enfermera se lo llevará pronto para asearlo, así que tengo que disfrutar de este momento todo lo que pueda.

—¿Cómo le vamos a llamar? —pregunta Archer.

Ladeo la cabeza, contemplándole.

—¿No habíamos hablado ya de esto?

—Bueno, sí. —Se encoge de hombros y vuelve a mirar a nuestro bebé—.

Pero una mujer puede cambiar de opinión.

—¿En serio? Vale, entonces quiero llamarle Oscar —sugiero.

Archer hace una mueca.

—Demonios. No.

—Pauly.

—Por favor.

—Jeffrey.

—Ese nombre es simplemente... No. —Archer sacude la cabeza.

—Bien. —Pongo los ojos en blanco y acuno a mi hijo mientras lo miro con asombro. Mis dedos recorren su mejilla, acariciando sus pequeños labios de capullo de rosa mientras murmuro—: Bienvenido al mundo, Jackson.

Llevamos meses discutiendo sobre nombres. A uno de los dos se le ocurría una sugerencia y el otro la rechazaba de plano. Se convirtió en un punto de discordia, agravado porque no sabíamos qué íbamos a tener, pero yo no cedía a averiguarlo pronto.

Fue divertido mantener la intriga, aunque en el fondo sabía que Jackson era un niño. Dábamos vueltas y vueltas a nombres de niña, pero parece que eso no importaba. Hace unas semanas, nos pusimos de acuerdo en Jackson como nombre si era niño, y me encantó la elección.

A mi marido también.

Jackson Archer Bancroft suena bien.

Archer se acerca a nosotros, se sienta en el borde de la cama, estira la mano y acaricia la mejilla del bebé como yo lo he hecho hace un momento.

—Bienvenido, hombrecito. Nos alegra conocerte por fin.

Me giro, me inclino y beso la mejilla de mi marido, abrumada de amor por estos dos hombres de mi vida.

—Te quiero —susurro—. Te quiero tanto.

—Yo también te quiero, cariño. Más de lo que nunca sabrás —murmura.

Me siento exactamente igual.

Capítulo 6

Gage

Una semana desde la boda

—No quiero volver a casa. ¿No podemos vivir aquí para siempre? —Mi mujer cruza los brazos delante de su pecho desnudo y arruga los labios, muy sexi con una braguita de bikini blanca y nada más.

Tiene la piel dorada por el sol y el pelo rubio recogido en una coleta floja. Unas enormes gafas de sol le ocultan los ojos y una fina cadena de oro cuelga de su cuello. La alianza que lleva en el dedo anular es la única joya que luce.

Está desnuda y es tan jodidamente hermosa que casi duele mirarla.

Casi.

—Me encantaría vivir aquí para siempre —coincido, contemplando a mi alrededor la vista del océano azul cristalino que se extiende ante nosotros.

Nos alojamos en un complejo exclusivo, en una *suite* de tres habitaciones con un balcón gigante que tiene la mejor vista del océano que he visto nunca.

—Quizá traslade mi negocio aquí. Puedo vender lujosas casas de vacaciones a los ricos.

—Ooh, ¿hablas en serio? —La emoción en su voz me hace sonreír. Se levanta las gafas y me mira, como si quisiera saber si hablo en serio o no—. Y puedo abrir una panadería aquí. Pero no la llamaré Cosecha de Otoño. ¿Qué tal Cosecha Tropical?

—Claro. Como quieras. Todo me parece bien mientras te tenga conmigo.

—Me recuesto en la tumbona y me bajo las gafas para que el intenso sol no me ciegue.

No hemos hecho nada en toda nuestra luna de miel aparte de comer, nadar, practicar sexo, holgazanear, tumbarnos en la playa, practicar sexo, comer...

Sí. Ha sido genial. Relajante. Mi estresada futura esposa ha desaparecido para siempre y en su lugar está mi relajada y feliz esposa. Yo tampoco

quiero volver a casa.

Pero la realidad es que volamos de regreso mañana. ¿Otra realidad? Estaré contento de ver a todos. Feliz de ver a Jackson y a mi hermana y a mi mejor amigo perder la cabeza por un pequeño ser humano.

—Me pregunto si Jackson habrá cambiado algo —murmura Marina, leyéndome la mente como de costumbre.

—Ha pasado una semana —digo—. ¿Qué tendrá? ¿Ocho días cuando lo volvamos a ver? ¿Nueve? Seguro que no ha cambiado mucho desde que lo conocimos en el hospital. —Tuvimos suerte cuando por fin pudimos pasar por allí.

Junto con el bebé, pudimos ver a Archer y a una Ivy muy cansada. Marina cogió al bebé y lloró con Ivy, lo que me conmovió porque tuve una imagen repentina de Marina sosteniendo a nuestro bebé algún día.

Una locura.

—He oído que pueden casi duplicar su peso en la primera semana. Será un bebé completamente diferente. —Levanto la cabeza para ver a mi mujer—. Apuesto a que ni siquiera nos reconocerá.

Lanzo una carcajada sorprendida.

—Tienes que estar de broma. No nos reconoció ni la primera vez.

—Oía mucho mi voz cuando estaba en el útero. Sé que me conoce. Seré su tía favorita. —Deja caer los brazos a los lados y se relaja contra el mullido cojín de la tumbona, con las gafas de nuevo sobre los ojos y la piel suave brillando bajo el sol.

—Serás su única tía —digo, con la boca seca mientras la estudio.

Verla así, con la minúscula braguita blanca del bikini y nada más, hace que mi polla se ponga a la altura de las circunstancias. Uno pensaría que estaría agotado de tanto sexo o, al menos, algo inmune a ver a mi mujer medio desnuda.

Parece que no.

—¿Quieres un bebé ya, Gage? —pregunta de repente.

Y ahí va mi erección.

—Eh... En realidad no. A menos que tú sí quieras —añado rápidamente, aunque no lo digo en serio.

Acabamos de casarnos. Tenemos mucho tiempo antes de empezar a tener hijos y crear una familia.

Podemos practicar todo el tiempo, pero ¿bebés de verdad? Todavía no. Por ahora, se lo dejaré a mi hermana.

—Yo no —dice mientras inclina la cara hacia el sol. Joder, es preciosa—. Quiero decir, algún día los quiero, pero aún no. Tenemos mucho tiempo. Si me entra la fiebre del bebé, buscaré a Jackson. Apuesto a que me dejará abrazarlo todo lo que quiera.

—Estoy seguro de que sí —digo, con la mirada fija en sus pechos.

No tiene marcas de bronceado en la parte superior del cuerpo. Es toda piel dorada y duros pezones rosados. Se me hace la boca agua solo de pensar en chupárselos.

Me mira y vuelve a ponerse las gafas de sol sobre la cabeza.

—¿Me estás mirando?

—Siempre —digo con una sonrisa. No voy a avergonzarme por mi aprecio a mi mujer. Es una obra de arte. Hermosa, dulce y tan generosa. He tenido suerte y lo sé.

—¿Vas a hacer algo al respecto? —Señala con la mano mi bañador.

Miro hacia abajo, observo mi erección y luego a ella.

—¿Vas a hacer algo al respecto? —le pregunto.

Marina apenas puede ocultar la sonrisa en su rostro.

—¿Qué te gustaría, oh, esposo mío?

—Humm, no lo sé. —Coloco la mano sobre mi polla y la acaricio con firmeza, con la mirada fija en la suya.

Me observa atentamente, con los ojos clavados en mi mano y los labios entreabiertos, aparentemente fascinada. Me sorprende que no nos hayamos cansado de tener sexo sin parar.

Pero definitivamente no estoy cansado de ella. Y estoy bastante seguro de que ella tampoco está cansada de mí.

—¿Quieres que me acerque y te ayude? —me pregunta mientras se levanta, tirando las gafas de sol sobre una silla antes de dar unos pasos y detenerse al borde de mi tumbona—. Pareces muy solo.

—Me siento solo —gruño sorprendido cuando se acomoda sobre mí, cálida y suave, a horcajadas sobre mis caderas, con las rodillas flexionadas a ambos lados—. Pero ya no —murmuro.

Apoya las manos en la parte superior de la tumbona y me pone los pechos delante de la cara. Levanto la cabeza, alcanzo un pezón con los labios y lo chupo.

Una cálida brisa nos baña, aunque no consigue enfriar la incesante fiebre sexual que me invade mientras coloco mi mano en el centro de su espalda y acerco su pecho a mis labios.

Este es nuestro último día. Tengo que aprovechar al máximo esta experiencia. Desnudarme al aire libre, las olas del mar rompiendo en la distancia, necesito deleitarme con esto.

Y Marina también.

Marina

Mi marido tiene la mejor boca del mundo. Una boca talentosa también, que en este momento está usando en mí perfectamente. Me revuelvo contra su polla dura mientras esos labios talentosos chupan y lamen mis pezones. Si sigue así, me correré en segundos, no es broma.

Nuestra luna de miel en el Caribe ha superado con creces mis expectativas. Temía en secreto llegar agotada, con ganas de dormir mientras Gage se dejaba llevar por su adicción al trabajo.

Pero no. Nos hemos complacido sexualmente al máximo, nos hemos relajado, hemos disfrutado de la piscina y de la playa y hemos comido delicias exquisitas todas las noches.

El sexo ha sido increíble. Me siento más unida a este hombre que nunca. Que Gage sea mi marido, la constante en mi vida, es a la vez abrumador y estimulante.

—Mmm, sabes bien —murmura contra mi piel, sus labios se mueven sobre la parte superior de mis pechos, lamiendo y besándolos.

Me estremezco cuando sus dedos descienden por mi espalda hasta que su mano se posa en la cintura de la braguita de mi bikini.

Me susurra un pequeño suspiro cuando desliza primero una mano y luego la otra por debajo de la braguita y toca mi carne desnuda. Me aprieta el trasero y me empuja contra él, su erección rozándome entre las piernas, volviéndome loca. Incapaz de controlarme, me inclino hacia delante y estrello mi boca contra la suya.

Nuestro beso es salvaje, frenético. Nuestras lenguas se enredan mientras él me quita el bikini. Le ayudo, contorsionando mi cuerpo en todo tipo de posturas incómodas antes de arrojar finalmente la escasa tela a la terraza.

Me encanta que podamos hacer el amor tan libremente al aire libre sin preocuparnos de que nos vean. La *suite* nos ofrece mucha intimidad, y Gage y yo nos deleitamos fuera cada vez que podemos.

—Tienes que desnudarte —susurro una vez que se separa de mí para esparcir besos húmedos por mi cuello.

—Ayúdame, esposa —dice, con la voz grave por la necesidad.

Obedezco, me pongo de pie para quitarle el bañador y lo tiro cerca de donde está el mío. Me recuesto de nuevo en la tumbona, entre sus piernas, con mi boca a la altura de su polla. Lentamente, me la meto entre los labios, sin apartar la mirada de la suya mientras me observa cómo se la chupo y la lamo. Sus párpados se vuelven pesados y alarga la mano para acariciarme la mejilla.

Podría hacer esto durante horas. Me excita excitarlo, lo juro. Nunca antes he recibido tanto placer cuando se lo doy a otra persona. Solo con Gage.

Él es todo para mí.

Mi todo es increíblemente impaciente. Me aparta de él en cuestión de minutos, gruñendo por ir demasiado rápido, antes de cogerme en brazos como si no pesara nada. Vuelvo a estar en la misma posición que al principio, solo que esta vez no hay ropa que nos separe. Lo siento, grueso e insistente, rozándome, y muevo la parte inferior de mi cuerpo, agachándome para sujetarlo por la base y guiarlo dentro de mí.

—Espera —dice, deteniéndome—. Si me tocas, temo que explote como un cohete.

Me echo hacia atrás para mirarle a los ojos. Está muy serio.

—¿De verdad?

—De verdad —dice con firmeza mientras se coge la polla y roza la punta contra mis húmedos pliegues.

Ahogo un gemido mordiéndome los labios y él detiene el movimiento, castigándome.

—No pares —le susurro y él presiona sus dedos contra mi boca.

—Entonces no te contengas —me dice justo antes de volver a acariciarme con su polla. Volviéndome loca.

Un gemido sale de mis labios y finalmente él se acomoda para que yo pueda bajar sobre él. Lentamente, lo meto dentro de mí, hasta que me llena por completo, hasta el último centímetro de mi cuerpo. Grueso y palpitante, cierro los ojos y le rodeo el cuello con los brazos.

Se siente tan increíblemente bien. Temo moverme por miedo a que mi cuerpo empiece a convulsionarse y me corra yo también antes de que hayamos empezado.

—Estás tan condenadamente guapa con el sol brillando en tu piel —dice mientras se reclina contra los cojines para observarme.

Empiezo a moverme lánguidamente, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Mis pechos se mecen con cada movimiento y él estira la mano, rodeando con el pulgar un pezón y luego el otro.

Gage me deja hacer lo que quiero con él como si fuera mi juguete. Arriba y abajo, despacio. Más despacio. Luego aumento el ritmo, yendo rápido. Más rápido. Hasta que prácticamente estoy rebotando en su regazo, cabalgando su polla mientras me esfuerzo por alcanzar mi orgasmo que está tan cerca, pero aún fuera de mi alcance.

—Estoy... cerca... —digo mientras me muevo más rápido, inclinándome hacia delante para conseguir esa fricción que tanto deseo y que me ayudará a correrme.

Gage mete la mano entre nosotros, sus dedos se posan en mi clítoris y lo rodea hábilmente una y otra vez.

—¿Así, nena?

Echo la cabeza hacia atrás mientras sus dedos me acarician, su boca sobre mi piel, sobre mis pechos. Las primeras oleadas de mi orgasmo amenazan con inundarme. Un gemido se escapa y entonces me corro. Todo el cuerpo me tiembla alrededor de Gage mientras levanta las caderas y me penetra profundamente. Grita al estallar, mi nombre sale de sus labios mientras me abraza tan fuerte que casi no puedo respirar.

—Te quiero —le susurro en el pelo mientras él me suelta lentamente—. No puedo creer que nuestra luna de miel esté a punto de terminar.

—Cariño. —Me mete los dedos en el pelo y tira de él, obligándome a mirarle. Le miro fijamente a los ojos y no puedo evitar sonreír ante la sonrisa que se dibuja en su atractivo rostro. Aprieto la frente contra la suya —. Esto no ha hecho más que empezar.

Capítulo 7

Matt

Dos semanas desde la boda de Gage y Marina

—Hey.

Estoy mirando el móvil, pero el sonido de la voz de Bryn me hace parar en seco. Mis ojos se abren de par en par cuando la encuentro en mi despacho, sentada detrás de mi mesa, en plan asistente.

Ya no pienso nunca en ella como mi asistente. Para nada. Es mi socia y lo sabe. Tiene su propio despacho y se encarga del asistente administrativo, además de organizar los eventos de la bodega.

Pero en este preciso momento tenerla de nuevo en mi despacho, con ese aspecto, me retrotrae a cuando trabajaba a mis órdenes. Lo mucho que quería tenerla a mis órdenes..., pero no para trabajar. Oh, no.

Más bien para tenerla debajo de mí en la cama. Desnuda.

Dejo que mi mirada se pasee por ella, absorbiéndola lentamente. Lleva el pelo recogido en una larga trenza y unos mechones oscuros le enmarcan la cara, recordándome el peinado que llevaba la primera vez que la vi después del famoso cambio de imagen de Ivy y Marina. Lleva un vestido negro sin mangas que realza la exuberante curva de sus pechos y deja al descubierto sus largos y delgados brazos, con una delicada pulsera de plata en la muñeca.

Está... espectacular.

—¿Qué haces sentada detrás de mi escritorio, señorita James? —Cierro la puerta detrás de mí y echo el pestillo, asegurándome de que nadie nos va a pillar.

No recuerdo la última vez que tonteamos en el trabajo, sobre todo desde que nos hemos ido a vivir juntos y ya no es necesario.

No es que fuera realmente necesario hacerlo en el trabajo, pero... sí. Seguro que era muy divertido. Así que me gusta lo que Bryn está haciendo ahora.

Mucho.

—Nada, tengo buenas noticias, señor DeLuca. Tremendas noticias, de hecho. No podía esperar a compartirlas, así que pensé en esperar en tu despacho a que volvieras de los viñedos. No te importa, ¿verdad? —Cruza las manos sobre mi escritorio y me sonrío, recordándome de nuevo aquellos primeros y angustiosos meses en los que trabajé con ella. Cuánto la deseaba.

Cómo me privé de ella desde que supe que nuestra relación sería vista como inapropiada. Yo era su maldito jefe.

Sin embargo, aquí estoy, ahora su maldito novio. Me alegro de haber superado mis preocupaciones. En caso contrario, no tendría a esta increíble mujer en mi vida.

—Por supuesto que no me importa. —Como si me importara. Y ella lo sabe—. Entonces, ¿cuál es la buena noticia? —pregunto mientras me acerco a mi escritorio.

Me detengo a su lado y ella se gira en la silla para seguir mirándome. Su vestido es corto, le llega a medio muslo y me permite ver su piel. Me quedo mirándola demasiado tiempo y ella se aclara la garganta, atrayendo de nuevo mi atención hacia su rostro.

—Bueno, de momento tenemos cuatro bodas confirmadas —me dice sonriente.

Ah, sí. Cedí la noche de la recepción de Gage y finalmente accedí a su petición de que anunciáramos nuestro centro de eventos. A las veinticuatro horas de aceptar, me enseñó unas cuantas propuestas de publicidad impresa, lo que me demostró que estaba decidida a hacerlo realidad, costase lo que costase.

Esa es una de mis cosas favoritas de Bryn. Toda esa férrea determinación en un paquete tan sexi.

—Cuatro ya, ¿eh? —Le sonrío, me encanta lo contenta que parece—. Es genial.

—Lo es. Y también he cobrado los depósitos de los cuatro —dice, con una expresión un poco arrogante—. Esto va a ser una excelente fuente de ingresos extra, ¿sabes?

—Lo sé. —Me inclino sobre ella, apoyando las manos en los brazos de la silla, bloqueándola—. Va a ser un gran éxito, estoy seguro.

Ella sonrío.

—Yo también.

Le rozo el pelo con la cara y respiro su inconfundible aroma floral. Se le escapa un pequeño gemido de placer cuando le acaricio la mejilla con la nariz y luego aprieto los labios contra su mejilla.

—¿Por qué eres tan increíblemente lista? —le pregunto.

—Llevo demasiado tiempo contigo —responde ella.

Me aparto y la miro fijamente, odiando que se menosprecie a sí misma. ¿Por qué sigue haciéndolo?

—Esto no tiene nada que ver conmigo y todo que ver contigo, Bryn. No te das suficiente crédito.

Su sonrisa se desvanece y la mirada se le oscurece. Se encoge de hombros.

—Ya sabes cómo soy.

—Sí, lo sé —digo con vehemencia—. Eres demasiado humilde. Actúas como si todas las grandes cosas que haces fueran por accidente o algo así. Consigues tantas cosas. —Sacudo los brazos de la silla, sobresaltándola—. Eres increíble, Bryn. Ojalá pudieras verlo.

Se humedece los labios y me dedica una sonrisa trémula.

—Me haces sentir increíble —admite en voz baja.

—Tú me hacer sentirme así también. —Me agarro a los brazos de la silla y me sostengo mientras me acerco para besarla, una y otra vez. Pequeños roces de mi boca contra la suya—. Te quiero —susurro contra sus labios—. Muchísimo. Y creo en ti. Ojalá tú pudieras creer tanto en ti misma. —Quiero tranquilizarla. Convencerla de lo increíble que es. Intentar hacerle ver lo mucho que la quiero, lo mucho que significa para mí.

Cuánto la necesito.

Bryn

Estoy completamente rodeada por Matt y me encanta. Está tan guapo con esa camisa blanca y sus vaqueros oscuros, oliendo a aire libre, el pelo un poco despeinado y la piel tostada por el sol. Su boca está sobre la mía, firme e insistente mientras sigue besándome. Separo los labios, su lengua se adentra en los míos y, al primer contacto, se me escapa un pequeño gemido y una oleada de mariposas parece revolotear bajo mi piel.

—Yo también te quiero —digo cuando nos separamos.

Nuestras respiraciones se aceleran y miro fijamente su boca, deseando que vuelva a estar en la mía. Me coge por la cintura, me levanta de la silla y me coloca en el borde del escritorio.

Se acomoda en la silla, justo delante de mí, y me mete la mano por debajo del vestido, agarrándome suavemente las rodillas por dentro mientras me separa las piernas lentamente.

—¿Recuerdas aquella vez que te follé en mi mesa? —me pregunta con ojos llenos de deseo.

Un escalofrío me recorre al oír sus palabras y los recuerdos. Hemos tonteado muchas veces en su despacho. Siempre nos hemos atraído mucho, sobre todo al principio de nuestra relación...

Acabábamos de empezar a salir y me llevó al despacho, cerrando la puerta. Yo estaba de cara al escritorio y Matt me empujó hacia delante, embistiéndome por detrás. Rápidamente descubrí que le gustaba así, lo cual era increíblemente excitante. Pero le gusta el sexo de cualquier manera, siempre que estemos los dos juntos.

Ha hecho cosas increíbles, este Matthew DeLuca. Siempre haciéndome sentir deseada y aumentando mi autoestima.

—Si no recuerdo mal, me has follado en tu escritorio un par de veces. —Alargo la mano y deslizo los dedos por la parte delantera de su camisa, a lo largo de la hilera de botones. Desabrocho el primero y luego el siguiente, con la mirada fija en su torso mientras su piel se revela lentamente tras cada botón que se abre—. Has puesto el pestillo, ¿verdad?

Matt se ríe y me masajea el interior de los muslos con la punta de los dedos.

—Ah, sí. Porque definitivamente planeo follarte en este escritorio otra vez.

Termino de desabrocharle la camisa y se la quito de los hombros. Él se encarga de sacudírsela para que caiga al suelo, y me encuentro con una pared maciza de carne masculina. Me encanta su constitución. Todo hombros anchos y músculos firmes, algo de vello en el centro del pecho... es hermoso. Su piel irradia calidez y su aroma me envuelve mientras inhalo profundamente.

Es adictivo. Intoxicante. No me canso de este hombre.

—Tenemos que darnos prisa —susurro antes de posar mis labios contra su pecho, justo encima de su pectoral derecho—. Tengo una reunión en

quince minutos.

—Me temo que te la vas a perder —dice Matt mientras me sube el vestido hasta dejarme los muslos completamente al descubierto—. O, como mínimo, llegarás tarde. Aunque estoy seguro de que a tu socio no le importará.

—Mi socio también tiene que estar en esta reunión, así que no podemos perdérsola. Y no deberíamos llegar tarde. —Llevo la mano a la cintura de sus vaqueros y le desabrocho lentamente la bragueta—. Las personas que se reúnen con nosotros tienen fama de ser muy puntuales.

—Maldita sea —murmura Matt, sacudiendo la cabeza. Se levanta, me agarra de la cintura y me lleva hasta el borde del escritorio, de modo que mi culo queda medio colgando—. Supongo que tendré que hacerlo rápido.

Su boca vuelve a la mía antes de que pueda decir otra palabra, su beso castigador, profundo, caliente y húmedo. Le rodeo el cuello con los brazos y jadeo cuando me coge las bragas. Nos desnudamos rápidamente, con manos y bocas por todas partes, y su erección me penetra en cuestión de segundos.

—Por favor —gimo, abriendo las piernas todo lo que puedo—. Matt. Te necesito. —Estoy ansiosa. Vacía sin él dentro de mí.

No contesta. No hace falta. Matt me sujeta y su polla se clava profundamente. Me echo hacia atrás y apoyo las manos en el escritorio, deseando estar completamente desnuda, deseando sentir cada centímetro de él contra mí.

Pero esto va a ser rápido. Rápido, fácil, delicioso y erótico. Lo observo mientras empieza a moverse, con expresión de dolor y movimientos deliberados. Siempre pone tanto cuidado en lo que hacemos, y me encanta. Le quiero. Me abrumba la emoción que siento por este hombre y cierro los ojos. Me pierdo en la forma en que me embiste una y otra vez, llenándome por completo, con sus manos en todas partes a la vez.

—Tan hermosa —murmura, con una voz grave y cargada de tensión, como suele ser justo antes de llegar al clímax—. Te quiero tanto, Bryn. No me canso de ti.

—Sí —susurro, abriendo los ojos para encontrarme con él mirándome—. Yo también te quiero, Matt.

—Quiero hacer que te corras —murmura mientras empieza a moverse más rápido, con la respiración entrecortada mientras se cierne sobre mí.

—Haz que me corra, Matt. Tócame —le susurro, incitándole, y me encanta el gruñido de agradecimiento que emite en respuesta a mis provocadoras palabras.

Me toca el clítoris, lo rodea con el pulgar antes de presionar con fuerza. Me concentro en cómo se mueve dentro de mí, en su grosor, en la fricción que se crea entre nosotros, como si intentáramos encender un fuego. Siento que casi podríamos encender una llama, la atracción es tan fuerte.

Murmurando, me rodea el clítoris con más fuerza y aumenta el ritmo. Me muevo con él, desesperada por encontrar de nuevo esa deliciosa sensación. Matt es el único que puede hacerme sentir tan bien, tan bien. Tan completa y totalmente yo misma.

Nunca me sentí cómoda en mi propia piel; no hasta que conocí a Matt.

—No pares —le digo, con la respiración entrecortada cuando me toca de una forma concreta, en un punto concreto—. Justo así —le animo, gimoteando con cada caricia de sus dedos, con cada roce de su lengua—. Dios mío, Matt. Por favor...

—Córrete para mí, Bryn —me ordena como si supiera lo cerca que estoy.

Exploto y todo mi cuerpo se estremece cuando el orgasmo me invade por completo. Me estremezco y tiemblo en sus brazos, separándome del escritorio para poder abrazarlo y estrecharlo contra mí. Me deja, pero no afloja el ritmo, embistiendo una y otra vez hasta que es él quien grita y se corre dentro de mí con tanta fuerza que juro que en un momento dado temo que se desplome sobre mí y no pueda moverme nunca más.

—Bueno —dice unos minutos después—. Ha estado... bien.

Me echo a reír.

—Más que bien.

—Somos buenos el uno para el otro —dice suavemente, con sus dedos enredados en mi pelo ya revuelto—. ¿No crees?

—No creo, lo sé. —Sonrío y me acurruco cerca de él, adorando lo amada que me hace sentir, lo mucho que me quiere—. Te quiero, Matt. Me alegro de que cruzaras la línea y decidieras perseguirme.

Ahora le toca a él reírse.

—Yo también te quiero. Y estoy jodidamente contento de haber decidido cruzar esa línea. Le debo mucho por ello a Ivy y Marina.

—Lo sé. El cambio de imagen y todo eso. —Esas mujeres se esforzaron al máximo para juntarnos a los dos, y por eso les estaré eternamente

agradecida.

—No solo eso. Hablaron de ti antes del cambio de imagen —dice, sorprendiéndome—. Una vez que atraparon a sus hombres, decidieron que yo también necesitaba a alguien. Lo que significa que soy yo quien ganó esa maldita apuesta, y pienso cobrarla por fin.

Oh, Dios, la apuesta. ¿Cómo podría olvidarla? Supongo que Archer y Gage desean que Matt la olvide.

—¿Cuándo vas a cobrar? ¿Y cómo?

—Ya he llamado a esos dos imbéciles para que me paguen. —Cuando me quedo callada, suspira—. Les pedí que donaran su parte a su organización benéfica favorita y acabáramos de una vez.

—Guau. —Le beso y me encanta lo considerado que es. Algún día definitivamente me casaré con este hombre—. Eres el mejor, ¿lo sabías?

—No, tú lo eres. En serio. —Apoya su mano en mi mejilla, obligándome a mirarle fijamente a los ojos—. Eres lo mejor que me ha pasado nunca, Bryn. Me ayudaste a dar un giro a mi vida. Me ayudaste a encontrar el amor. Te lo debo todo a ti.

—Matt. —Me tiembla la voz y nos besamos, sus labios se posan en los míos—. Te quiero. —No me canso de decirlo.

—Yo también te quiero. Eres mía, Bryn. Te quedas conmigo. —Sonríe—. Espero que no te importe.

No me gustaría que fuera de otra manera.

Capítulo 8

Archer

Un mes desde el nacimiento de Jackson

Entro en el salón y encuentro a mi mujer tumbada en el sofá, con el pequeño Jackson en sus brazos mientras le da de mamar. Cuando me doy cuenta de que aún no se ha fijado en mí, me detengo en seco y los observo durante un momento.

Ivy tiene buen aspecto, aún con algo de peso, pero creo que esas curvas son sexis. Lleva el pelo suelto, le cae por encima de los hombros, y viste una camiseta azul claro demasiado grande y unos *leggings* negros. La camiseta la tiene subida y la cabeza morena de Jackson está pegada a su pecho. Le mira fijamente y le arrulla con sonidos ininteligibles mientras le acaricia el pelo y la cara.

El amor me abruma y se me atasca en la garganta, haciendo imposible que pueda hablar. Tengo mucha suerte de tener a estos dos en mi vida. No sé qué he hecho para ganarme esto.

Pero no lo cuestiono. Estoy eternamente agradecido por mi Ivy y mi Jackson.

—¿Por qué, papá..., nos estás espiando? —pregunta Ivy, su voz tranquila interrumpe mis pensamientos.

Riéndome, me acomodo en el sofá a su lado.

—¿Qué tiene de malo?

—Podría llamarte mirón. —Se encoge de hombros con una pequeña sonrisa justo cuando Jackson deja el pezón para parpadear hacia mí con unos ojos azules grandes e insondables.

—No pensarás que soy un mirón, ¿verdad, Jackson? —Alargo la mano y le toco los labios, luego le recorro la mejilla regordeta.

Es un bebé precioso —aunque probablemente soy parcial— y bastante tranquilo. Aunque cuando está enfadado o molesto, nos lo hace saber. Tiene unos pulmones infinitos.

Hago todo lo que puedo por ayudar, lo cual me sigue sorprendiendo porque no tuve un buen ejemplo paterno. Mi padre nunca estuvo cerca, pero estoy decidido a ser todo lo contrario a él. La mayor parte del tiempo, incluso ahora, se comporta como si yo fuera un estorbo, aunque adora a su nieto. De alguna manera, Jackson ha unido más a mi familia.

Jackson también nos ha unido más a Ivy y a mí. Estoy asombrado de cuánto quiero a mi mujer, de cuánto crece mi amor por ella día tras día. Es una madre maravillosa, una gran esposa... Mi pasión por ella es cada vez más intensa.

Sin embargo, no la he tocado en semanas. No puedo. Ha pasado más de un mes, desde antes del nacimiento de Jackson. Echo de menos sentir su piel desnuda contra la mía, echo de menos enterrarme dentro de ella.

El médico dijo seis semanas, y no quiero lastimarla o ponerla en peligro. No puede ser fácil sacar del cuerpo a un bebé de tres kilos y medio. Las primeras semanas, cuando volvió del hospital, se movía como una anciana, pero ahora se parece tanto a la mujer que era antes del bebé que tengo esperanzas.

Pero no presionaré. Esperaré las seis semanas. Es lo correcto, por mucho que me esté matando lentamente.

—Jackson quiere a su papá. —Ivy se vuelve a abrochar el sujetador de lactancia y se baja la camiseta, luego levanta al bebé para poder hacerlo eructar.

Jackson ya se esfuerza por levantar la cabeza y mirarme. Me invade una oleada de amor y le toco la cabeza, acariciándole el suave pelo oscuro mientras Ivy le da repetidas palmaditas en la espalda. Se le escapa un enorme eructo que me hace reír, e Ivy me hace una mueca.

—No le animes —murmura—. Se convertirá en un hombre.

—Cariño, me temo que es un hombre. —Le quito a Jackson y lo estrecho contra mí, respirando su dulce aroma de bebé, disfrutando de cómo su cabeza choca contra mi mandíbula mientras forcejea.

Se le escapan ruiditos, bufidos, arrullos y sonidos divertidos que me hacen sonreír.

Dios, adoro a este niño. No puedo creer que Ivy y yo lo hayamos creado, que sea parte de mí. Espero que solo las partes buenas.

—Vas a enseñarle todos tus malos hábitos, ¿verdad?

—No. —Sacudo la cabeza—. No quiero que se parezca en nada a mí. — Bueno, a la parte mala de mí. A mi viejo yo. Ya no soy ese hombre. Ivy me cambió. Más bien, me hizo querer cambiar para ser un hombre mejor para ella.

—¿Qué? ¿No quieres que sea dulce, divertido y trabajador?

Giro la cabeza para mirarla.

—¿Piensas eso de mí?

Ella pone los ojos en blanco.

—¿Por qué crees que me casé contigo? Eres inteligente, atractivo y atento. Eres un buen marido y padre. ¿Por qué no querrías que tu hijo fuera como tú?

Se me hincha el pecho de orgullo.

—Me gusta oírte decir eso —admito—. Yo siento lo mismo por ti.

—¿Crees que soy un buen marido y padre? Vaya, gracias. —Me da un puñetazo en el brazo, haciéndome reír.

—Ya sabes lo que quiero decir. —Beso la frente de Jackson, luego sus mejillas. No puedo dejar de besar a mi bebé. Matt y Gage se burlan de mí, pero no me importa—. Eres una buena esposa y madre. Me sorprendes cada día, lo que haces por mí y por Jackson.

—Guau. —Se inclina y va a besarme la mejilla, pero en el último momento giro la cabeza y me besa los labios—. Eres muy dulce. Y hablando de hacer algo por los demás... ¿Has hecho ya la donación?

—Sí. —Gage y yo finalmente aceptamos que Matt ganó la apuesta del millón de dólares.

El cabrón arrogante nos lo restregó por la cara. Pero entonces se le ocurrió la brillante idea de que donáramos nuestra parte a una organización benéfica de nuestra elección.

—Recibí la carta oficial de agradecimiento de la organización por correo hace unos días. —Yo doné a una organización benéfica local que ayuda a mujeres embarazadas necesitadas. Gage eligió un proyecto local de viviendas sociales.

—Es maravilloso, cariño. —Me besa de nuevo en los labios, esta vez a propósito—. Estoy tan orgullosa de ti por transformar tu estúpida apuesta en algo para bien.

Me río. Deja que mi mujer lo resuma.

—Sí, bueno, Matt nos ha dejado en evidencia y ahora parece el héroe.

—¿Cómo?

—También ha hecho donaciones. Doscientos cincuenta mil a cada una de las organizaciones benéficas que Gage y yo elegimos. —Gilipollas engreído. Lo digo en broma porque aunque nos hizo quedar como tontos y a él como un héroe, sí, tengo que reconocerlo.

Matt ha hecho lo correcto. Tiene un buen corazón.

—Matt es increíble. —Ivy sacude la cabeza, con una expresión soñadora en la cara. No me gusta. Quiero ser el único al que le ponga esa cara—. Simplemente le adoro.

—¿Tanto como me adoras a mí? —pregunto como un idiota celoso.

—Te adoro tanto que es un poco ridículo. —Otro beso, este más largo, un poco más dulce, mucho más apasionado—. Pero eso ya lo sabes —murmura contra mis labios.

Jackson se revuelve entre nosotros, dando un único grito como si dijera «prestadme atención» en lenguaje de bebé. Me aparto de Ivy a regañadientes y me pongo de pie, sujetando a Jackson contra mi pecho.

—¿Quieres que lo acueste? Le toca una siesta, ¿no?

—Sí. —Se levanta y me dedica una sonrisa sensual—. Nos vemos en nuestro dormitorio. —Se acerca un paso a mí y me pone las manos en el pecho, acariciándome ligeramente con los dedos. Su mirada está llena de intención—. Echo de menos a mi marido.

La esperanza se enciende en mi interior, pero la reprimo.

—¿No te estás recuperando todavía?

—Me siento bien. Perfecta, de hecho. —Sus dedos se enroscan en mi camiseta y le dan un pequeño tirón—. ¿No quieres encontrarte con tu mujer en el dormitorio?

Sus palabras me hacen reír, y sudar.

—Nada me gustaría más, pero ¿no se supone que tenemos que esperar al menos seis semanas?

—Depende de ti; ¿confías en tu mujer o en un médico que no tiene ni idea de cómo se encuentra físicamente? —Me suelta la camiseta y retrocede un poco—. ¿Nos vemos en un rato?

Joder.

—Vale —digo, sintiéndome como un imbécil.

Pero no tanto como para desaprovechar la oportunidad que me brinda mi mujer.

Ivy

Estoy esperando a mi marido en nuestra cama, desnuda. Se está tomando un tiempo extraordinariamente largo para poner a Jackson en su cuna, y estoy empezando a pensar que está haciendo tiempo.

Hombre tonto. Le preocupa que no esté lo bastante recuperada para cualquier contacto físico. El médico me informó de que podría tener relaciones sexuales entre cuatro y seis semanas después del parto. Estoy concentrada en cuatro.

Extremadamente centrada, teniendo en cuenta que Jackson tiene exactamente un mes desde ayer.

Además, siento que mi cuerpo se ha recuperado del parto bastante rápido.

La crianza, sin embargo, fue una adaptación difícil al principio: tenía que levantarme cada pocas horas para dar de mamar al bebé. Al cabo de un tiempo, me sentía como una máquina de dar de comer al bebé. Estaba cansada, de mal humor y me sentía muy poco atractiva. Me sentía como una mamá. Exacto.

Sin embargo, la última semana y media algo ha cambiado. Tengo una rutina y Jackson está bien. Poco a poco he empezado a hacer ejercicio y eso me ha revitalizado. Mi cuerpo no está en perfecta forma, pero creo que Archer ignorará cualquier imperfección. Hace demasiado tiempo que no tenemos sexo. Lo más probable es que su deseo sea mayor que cualquier atisbo de flacidez o estrías.

—Por fin —digo cuando Archer aparece mágicamente en la puerta de nuestro dormitorio. Pero de repente es como si ni siquiera pudiera cruzar el umbral—. ¿Por qué has tardado tanto?

Su expresión es de inquietud.

—Yo... Cariño, ¿de verdad estás bien para hacer esto?

—¿Hacer qué? —Parpadeo inocentemente mientras él entra en la habitación y se detiene a los pies de la cama.

Me lanza una mirada escéptica.

—Puedo decir que estás desnuda bajo esa sábana, Ivy. Me has traído aquí para seducirme.

—Eres tan perspicaz. ¿No me digas que te molesta? —Porque si es así, es mentira. Este hombre normalmente no puede quitarme las manos de encima. Ahora es don Tímido. Tiene que superarlo.

—No. —Se acerca y me agarra el pie por debajo de la sábana—. Pero no quiero hacerte daño si no te apetece.

—Dios mío. —Alargo el brazo y le cojo la mano, tirando de él hasta que prácticamente se desploma sobre mí. Con una fuerza que ni siquiera sabía que tenía, lo empujo para que quede de espaldas y me pongo a horcajadas sobre él, completamente desnuda—. Deja de ser tan cuidadoso y hazlo conmigo.

Me mira con el ceño fruncido y cara de asombro.

—Acabas de tener un bebé. Estás agotada. Puede que tengas posparto o lo que sea.

Me apoyo las manos en las caderas.

—¿Actúo como una mujer que tiene posparto?

—No. —Su mirada se posa en mi pecho y se calienta hasta convertirse en un ardor sexi—. Tus pechos son enormes.

Pongo los ojos en blanco y le empujo el hombro.

—Qué romántico. Me alegra ver que no has perdido tu toque.

—Maldita sea, eres lo peor —murmura, posa las manos en mi cintura y sus dedos rozan mi piel con ligereza.

Me recorre un escalofrío y me alegro de que mi marido no haya perdido su toque.

—Se llama frustración sexual —murmuro mientras me inclino sobre él, con mis labios justo delante de los suyos—. Deseo a mi marido. Y voy a estar muy triste si me rechaza.

—¿Triste? —Una de sus manos va a mi nuca y me acerca, nuestras bocas se rozan mientras hablamos—. No puedo tenerte triste, Ivy.

—Lo sé. Entonces, ¿por qué no me tienes gritando tu nombre en, digamos, diez minutos?

Se ríe, me besa y saca la lengua para lamarme.

—¿Estás segura?

—Muy segura —respondo—. Pero déjame controlarlo. No quiero que des un paso en falso y se acabe.

Me besa, me mete la lengua hasta el fondo, me sujeta la cadera con una mano, me agarra el pelo con la otra y me aprieta con los dedos. Gimo contra su boca hambrienta, gimo cuando su mano se desliza por mi trasero y sus dedos se introducen suavemente entre mis piernas desde atrás.

—Estás mojada —murmura, sonando sorprendido mientras me acaricia lentamente.

Suelto un suspiro tembloroso. Siento todo el cuerpo tenso.

—Te deseo, Archer. Te he deseado durante días. Semanas.

—Humm —murmura contra mis labios, introduciendo solo la punta de su dedo dentro de mí—. ¿Te duele?

Me muevo contra él, flexionando las caderas.

—No. Se siente bien —susurro.

Me da la vuelta y me tumba en la cama, con su boca contra la mía. Entonces me quedo estupefacta cuando se separa de mí de un salto y se quita rápidamente la ropa. Está erecto y solo de verlo así me recorren chispas de calor. Los pezones se me tensan y un dolor incesante empieza a palpitar entre mis piernas.

—Ven aquí —susurro, extendiendo los brazos—. Date prisa.

Sonríe, se reúne conmigo en la cama y se coloca encima de mí, con la boca en mi cuello, mordiéndome y saboreando mi piel.

—Si estoy encima, puedo controlar la profundidad —susurra justo antes de lamirme la oreja.

Me estremezco.

—Pero me gusta estar encima.

—La próxima vez —promete—. Solo quiero sentirte debajo de mí, envuelta a mi alrededor.

Sus palabras me llegan al corazón. Enrosco las piernas alrededor de sus caderas, anclándome a él mientras desciende, abriendo un camino húmedo y caliente a lo largo de mi piel con sus labios y su lengua. Me lame los pezones antes de succionar primero uno y luego el otro, y yo me aferro a él, gritando cuando succiona uno con especial fuerza.

—Cuidado —murmuro—. Estoy sensible ahí.

—Ah, claro. —Sonríe y se coloca encima de mí, con su erección rozándome el vientre—. ¿Estás sensible aquí? —Se agarra la polla y empuja suavemente solo la punta hacia dentro.

Respiro con fuerza y contengo la respiración mientras me penetra lentamente.

—Sí —susurro para animarle, pero eso solo hace que se detenga.

—¿Te hago daño? —Parece que está sufriendo, su expresión es tensa, su mirada oscura. También ha esperado mucho tiempo para esto, y enseguida

me siento mal por él.

—No. Estoy bien. —Le beso hambrienta, queriendo que se dé cuenta de que estoy dispuesta a todo—. Lo único... ve despacio. Nada de embestidas bruscas, ¿vale?

—De acuerdo. —Asiente casi frenéticamente—. Iré despacio, lo prometo.

Nos movemos cautelosamente al unísono, yo porque intento acostumbrarme de nuevo a su tamaño y él porque tiene miedo de hacerme daño. Pero hay algo muy dulce en todo esto, en la suavidad con la que me hace el amor. Su tacto es ligero como una pluma, sus besos profundos y deliciosos y tan increíblemente suaves.

Me siento como en un sueño. Todo está nebuloso y borroso, me hormiguea la piel cuando me toca, me tiembla el cuerpo cuando se mueve dentro de mí, y me siento tan protegida, tan amada.

En unos minutos, Archer aumenta el ritmo, su respiración se hace más pesada, y me doy cuenta de que ya está a punto. Yo también lo estoy, y se lo susurro al oído, deseando que me empuje hasta ese delicioso límite para caer en el olvido junto con él.

—Tócame —le animo, y él lo hace. Su mano se introduce entre nosotros y sus dedos juegan ágilmente con mi clítoris.

Me muerdo el labio y me arqueo ante sus caricias, haciéndole penetrar más profundamente, lo que le hace gemir. El ritmo se vuelve frenético y ya no es tan cuidadoso, pero no importa. Estoy completamente atrapada, buscando mi orgasmo tan ferozmente como él. Hasta que los dos estamos al borde del abismo y caemos de cabeza en el clímax, con nuestros cuerpos estremeciéndose y sacudiéndose a la vez.

Cae sobre mí y su peso me reconforta. Respiro en su cuello y le paso mis manos por su espalda, mientras él intenta reponerse después de un orgasmo tan increíble, sin duda.

Uy. Me doy cuenta y le empujo para que no tenga más remedio que rodar a un lado.

—¿Qué pasa? —pregunta, sonando desanimado.

—No usamos condón. —Me doy una palmada en la frente, sintiéndome como una idiota—. Dios, soy tan estúpida.

—¿Cuál es el problema? No te quedarás embarazada tan rápido —dice, sonando satisfecho consigo mismo. También parece satisfecho consigo

mismo, como siempre después de correrse. Tiene el pelo revuelto y los ojos brillan de satisfacción, pero me dan ganas de darle un puñetazo.

—Corren historias de terror por ahí, Archer. He conocido mujeres que después de tener un bebé, vuelven a quedarse embarazadas a los pocos meses. A veces semanas. —Me estremezco de horror—. Eso suena horrible.

—¿Qué, tener a otro Jackson? Ese niño es el mejor. —Cruza los brazos detrás de la cabeza, con esa mueca de suficiencia en los labios tan atractiva como irritante—. Él es increíble. No me digas que solo quieres uno.

—Oh, quiero más —le digo, paseando los dedos por su pecho humedecido por el sudor—. Pero no quiero bebés con diez meses de diferencia. Menuda pesadilla. —Le doy un tirón demasiado fuerte del pezón, haciéndole chillar.

—Yo te ayudaría —dice, inclinándose para besarme.

Esquivo sus labios.

—Necesitaría dos niñeras por lo menos.

—Ahora ni siquiera tienes niñera —señala—. La rechazaste cuando te ofrecí una.

—Puedo hacerlo sola. —He pedido una excedencia temporal en el trabajo para poder concentrarme en cuidar de Jackson.

—Ya. Y también podrías cuidar de dos bebés si tuvieras que hacerlo —dice, acercándose para que pueda apoyar la cabeza en su pecho—. Puedes hacer cualquier cosa. Por eso te admiro tanto.

—Guau, me estás haciendo la pelota porque podrías haberme dejado embarazada. —Le miro fijamente—. Eres tan romántico.

—Tú eres la romántica. —Me da un beso en la punta de la nariz—. No te preocupes, nena. Sea cual sea, lo conseguiremos.

Me acurruco cerca de él y cierro los ojos, con el brazo colgando sobre su cintura.

—Tienes razón. Contigo a mi lado, no podemos equivocarnos. Aunque eso signifique tener tres bebés en dos años.

—¿Tres? —Su voz suena estrangulada y se aclara la garganta—. ¿Qué quieres decir con tres bebés?

—¿Y si la próxima vez tenemos gemelos? Hay casos en la familia —digo.

—¿Hay? Vaya. Ojalá me lo hubieras dicho antes. Podría haber reconsiderado nuestro matrimonio de haberlo sabido.

—Pomposo imbécil. —Le vuelvo a pellizcar el pezón, ganándome otro aullido suyo—. Sabes que no podrías sobrevivir sin mí.

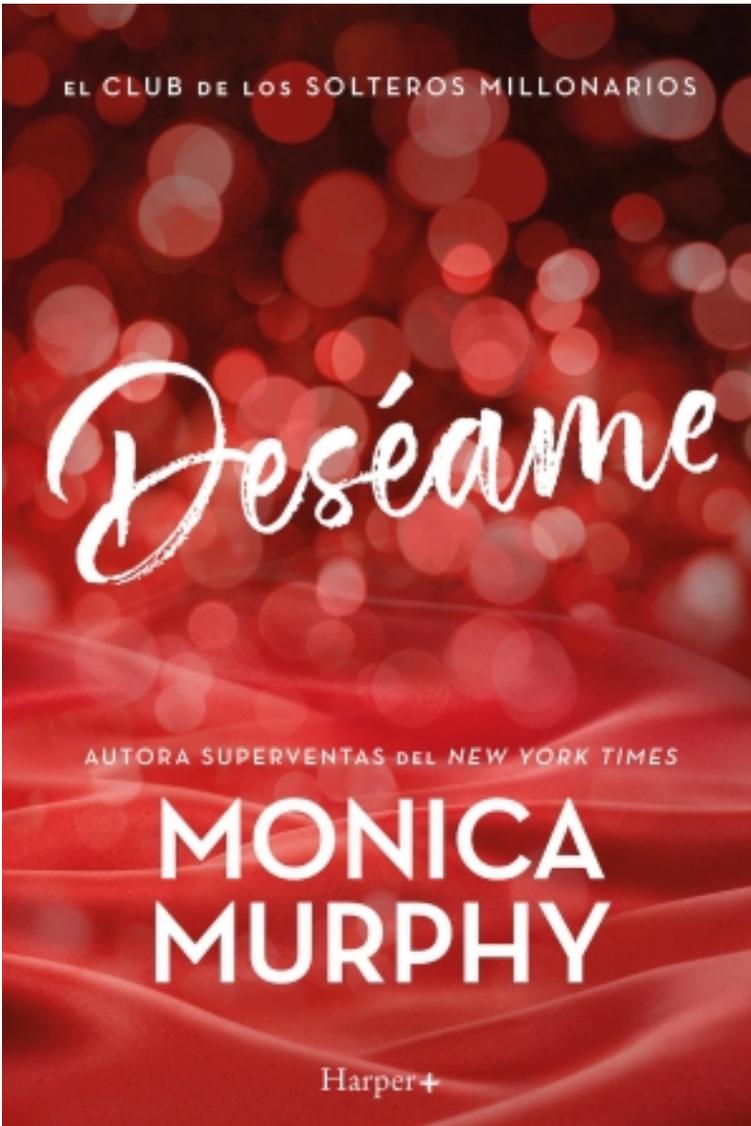
—Muy cierto, cariño —murmura somnoliento contra mi frente justo antes de besármela—. Muy cierto.

Agradecimientos

Como siempre, doy las gracias a mi marido y a mis hijos por soportarme mientras trabajo durísimo en mi escritorio, provocándome fatiga visual mientras miro fijamente el ordenador todo el día y toda la noche. Sois todos tan increíbles y me apoyáis tanto que casi nunca os quejáis (ja, ja). ¿Qué haría yo sin vosotros?

A los lectores: no sería nada sin vuestro continuo entusiasmo y cariño. Gracias. Todos significáis mucho para mí. Este libro (y toda esta serie) es un poco diferente y espero que os guste leerlo tanto como yo he disfrutado escribiéndolo. Menos mal que no nos podemos equivocar con solteros multimillonarios sexis...

Muchísimas gracias a mi editora, Chelsey Emmelhainz, por darle una bofetada a mis palabras y hacer que este libro sea mucho mejor. A todo el equipo de Avon por su apoyo entusiasta a esta serie (son lo más). A KP Simmon y Kati Rodriguez por mantenerme informada. Y a Katy Evans por querer a Archer desde el principio.



Deséame

Murphy, Monica
9788410640467
208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)

Él es un multimillonario arrogante que siempre consigue lo que quiere, pero ¿y si la hermana de su mejor amigo es la única mujer que no puede tener?

El millonario Archer Bancroft es un atractivo soltero que siempre se sale con la suya. Pero ahora quiere a Ivy Emerson, la hermana pequeña de su mejor amigo, la única mujer a la que no puede permitirse desear. Ivy no es lo único que Archer desea, también está la apuesta de un millón de dólares con sus amigos para conseguir ser el último soltero del club.

Ivy sabe bien que Archer no da más que problemas: es exasperante, soberbio... y completamente embriagador. Sin embargo, todo cambia cuando un beso robado conduce a una noche que ninguno de los dos podrá olvidar.

La autora superventas del *New York Times* Monica Murphy lanza su electrizante serie *El Club de los Solteros Millonarios* con una irresistible apuesta, una noche de pasión y un futuro juntos que nunca pareció posible.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Una escapada a Escocia. La novela más conmovedora y reconfortante del año

Shackman, Julie

9788410021037

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Cuando la aldea más dormida de Escocia se convierte en el centro de los cotilleos, Layla Devlin se ve envuelta en un misterio.

Cuando el prometido de Layla sufre un inesperado ataque al corazón y muere, nada menos que en brazos de otra mujer, Layla está dispuesta a hacer las maletas y abandonar Loch Harris, el pueblo al que siempre ha considerado su hogar. Pero una herencia inesperada y el amor por su tranquilo rincón de Escocia la llevan por otro camino.

Hay rumores de que una celebridad se ha mudado a Coorie Cottage y Layla está decidida a que encabece la noche de inauguración de su local de música The Conch Club. Pero la solitaria estrella está igualmente decidida a frustrar los esfuerzos de Layla. Rafe Buchanan se esconde por una razón, y pronto su pasado viene a Loch Harris para atormentarlo.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Educar hijos felices en un mundo de locos

7 hábitos para conseguirlo

TANIA GARCÍA

HarperCollins

Educar hijos felices en un mundo de locos

García, Tania
9788410640702
224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

¿CÓMO EDUCAR PARA QUE NUESTROS HIJOS SEAN FELICES?

Conseguir que vivan la vida plenamente, acompañar sus emociones y talentos, cuidar de su salud mental y física, hacer que experimenten la vida como algo extraordinario, entendiendo la felicidad no como una meta a perseguir, sino como una actitud diaria, deberían ser propósitos prioritarios en nuestra tarea como madres y padres. Sin embargo, la mayoría de nosotros vivimos en automático, sin saber bien quiénes somos y a dónde vamos en este mundo de locos, cada vez más desconectado de la propia humanidad.

A través de siete hábitos imprescindibles, este libro nos da las claves para educar en el día a día, fomentando la salud mental de nuestros hijos, y la nuestra.

Tania García, la mayor experta en educación de nuestro país nos ofrece su obra definitiva. Una guía que te ayudará a desarrollar en tus hijos una vida con sentido.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Adiós a la inflamación. Cómo prevenir enfermedades, retrasar el envejecimiento y perder peso

Moñino, Sandra
9788410021242
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

¿SIENTES TU VIENTRE HINCHADO? ¿PESADEZ EN TU CUERPO? ¿TE NOTAS DE MAL HUMOR, ESTRESADO O MÁS CANSADO DE LO NORMAL? ¿SABÍAS QUE DETRÁS DE ELLO PODRÍA ESCONDERSE UN PROBLEMA DE INFLAMACIÓN? Aumento de peso, problemas en la piel, dolores de cabeza o patologías como la diabetes, el hipotiroidismo, la esclerosis múltiple, el cáncer o la depresión podrían deberse a una inflamación crónica. En este libro descubrirás que una dieta adecuada, hábitos saludables y una buena gestión de las emociones son primordiales para desinflamarte y recuperar tu salud. La nutricionista Sandra Moñino, una de las mayores expertas en inflamación, nos da todas las claves y trucos para identificarla, prevenirla y combatirla. Además, te ofrece un completo menú antiinflamatorio con recetas ricas, fáciles, saciantes y muy saludables. UN MANUAL IMPRESCINDIBLE QUE MEJORARÁ TODOS LOS ASPECTOS DE TU SALUD Y CAMBIARÁ TU VIDA. Incluye gratis RETO 3 DÍAS antiinflamatorio. «Descubrir el significado de la inflamación ha sido un antes y un después. Gracias a ello he conseguido en mis pacientes mucho más de lo que nunca me hubiera imaginado. Revertir enfermedades crónicas, conseguir reducir su medicación, eliminar síntomas de patologías, mejorar su calidad de vida, pérdidas de peso a largo plazo que parecían imposibles y un largo etcétera. Es increíble lo que se puede lograr al llevar una alimentación antiinflamatoria. Ojalá puedas leer este libro con detenimiento y abrir la mente hacia este cambio, porque te aseguro que la nutrición es la medicina del futuro. ¡Desinflámate conmigo!».

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



La librería perdida

Woods, Evie
9788410640405
448 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Con ecos de *El secreto de la boticaria* y *La Sociedad Literaria del Pastel de Piel de Patata de Guernsey*, Evie Woods nos regala una seductora novela rebotante de misterio y de secretos.

«La gracia de los libros es que te ayudan a imaginar una vida más plena y mejor de lo que jamás podrías haber soñado».

En una tranquila calle de Dublín, una librería perdida está a la espera de ser encontrada...

Durante mucho tiempo, Opaline, Martha y Henry han sido los personajes secundarios de sus propias vidas. Pero cuando una librería que desaparece lanza sobre ellos su hechizo, los tres incautos desconocidos descubrirán que sus historias son tan extraordinarias como las que se despliegan en las páginas de sus amados libros. Al liberarse los secretos que se guardan en las estanterías, se ven transportados a un mundo mágico... donde nada es lo que parece.

Una historia de amor, rebotante de libros y amantes de los libros. Una novela deliciosa que sumerge al lector en un relato mágico y absorbente.

Los lectores se han enamorado de *La librería perdida*:

«¡Guau! Hacía tiempo que no leía nada tan fascinante, cautivador y especial a la vez. [...] Leerlo es emprender un viaje, como sucede con la mayoría de los libros, pero, en este caso concreto, me gustaría poder tatuarlo en mi espalda para así convertirlo en una parte de mí y poder llevarlo siempre conmigo».

«Una historia preciosa que pide a gritos ser leída de una sentada. [...] Una historia mágica, con una prosa bellísima y muchas sorpresas que los lectores tardarán en olvidar».

«Si te gustan los libros de las hermanas Brontë, [...] te recomiendo totalmente leerlo».

«Esta novela lo tiene todo: ingenio, una pincelada de magia y un corazón enorme. Una lectura fantástica».

«Los personajes están tan bien contruidos que te hacen sentir que estás allí con ellos, compartiendo también sus historias. [...] No podía parar de leer».

«Tremendamente mágico y absorbente. [...] La librería misteriosa y la promesa de encontrar un manuscrito perdido hace mucho tiempo hechizan cada una de sus páginas».

«Una trama encantadora, unos personajes fabulosos y buena ficción histórica. [...] Me descubrí imaginádomelo como una serie de Netflix».

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)